

De crónicas y escrituras en la Semana Trágica

EDICIONES DEL CCC
CENTRO CULTURAL DE LA COOPERACIÓN FLOREAL GORINI

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Departamento de Literatura y Sociedad
Coordinadora: Ana María Ramb

Título: De crónicas y escrituras en la Semana Trágica

Autores: María Cecilia Di Mario

©Ediciones CCC, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini

Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C.L.

Avda. Corrientes 1543 (C1042AAB) Tel: (54-11) 5077 8080 - Buenos Aires - Argentina

www.centrocultural.coop

Director: Juan Carlos Junio

Consejo Editorial: Jorge Testero (coordinador) / Julio Gambina /
Horacio López / Daniel Campione / Ana María Ramb / Susana Cella /
José Luis Bournasell / Mario José Grabivker.

Editor: José Luis Bournasell

Corrección: Javier Marín

Diseño original: Claudio Medín

©De los autores

Todos los derechos reservados.

Esta publicación puede ser reproducida gráficamente hasta 1.000 palabras, citando la fuente. No puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo escrito de la editorial y/o autor, autores, derechohabientes, según el caso.

Hecho el depósito Ley 11.723

ISBN: 978-987-23653-9-4

Di Mario, María Cecilia De crónicas y escrituras en la Semana Trágica :
cuaderno de trabajo N° 83 . - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones del CCC Centro
Cultural de la Coop. Floreal Gorini, 2008. 82 p. ; 23x15 cm. ISBN 978-987-
23653-9-4 1. Estudios Literarios. I. Título CDD 801.95

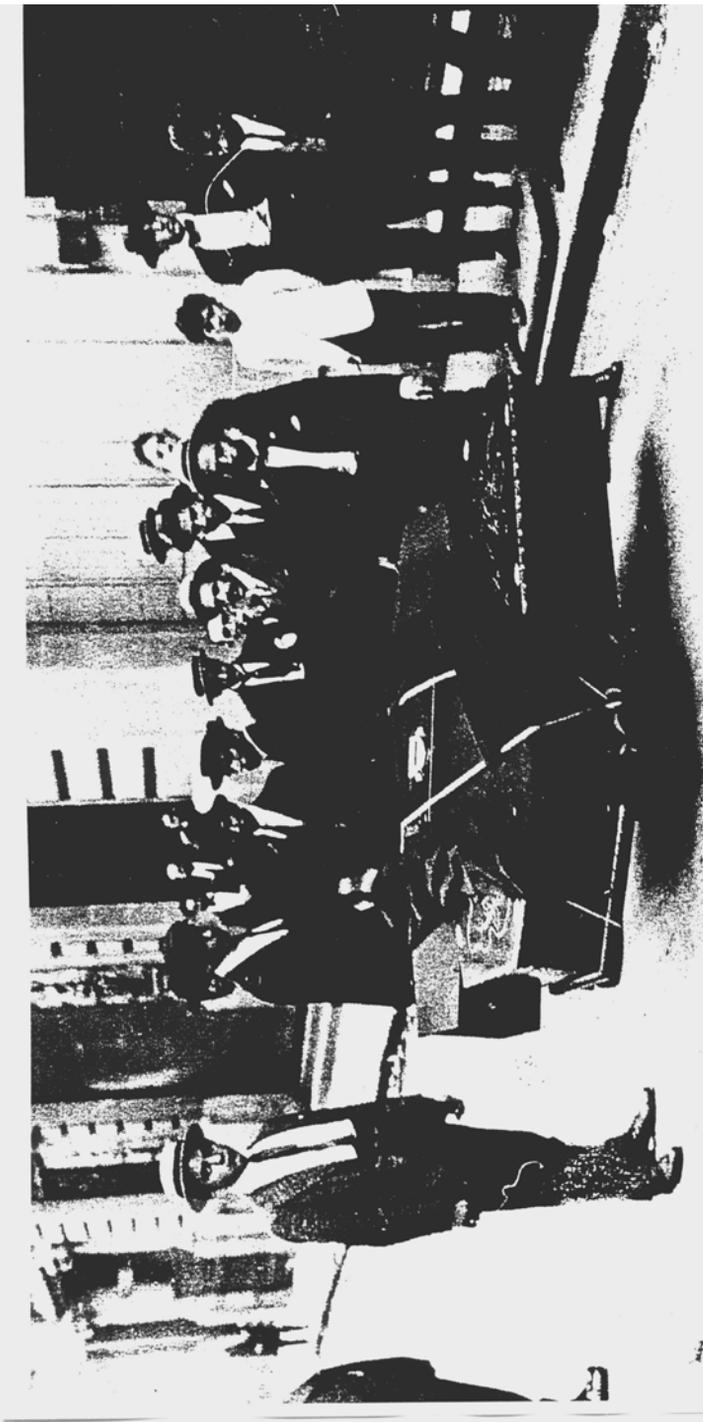
Fecha de catalogación: 05/08/2008

Cuaderno de Trabajo nº 83

De crónicas y escrituras
en la Semana Trágica

María Cecilia Di Mario

Departamento de Literatura y Sociedad



Buenos Aires, 9 de enero de 1919. Semana Trágica. Sepelio de las víctimas. Obreros llevan ataúdes a pulso

Índice

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	15
PINIE WALD: CUANDO LA PESADILLA DEVIENE CRÓNICA	21
ARTURO CANCELTA: CUANDO LA TRAGEDIA DEVIENE HOLGORIO	33
GONZALO BOSCH: UN TEXTO DRAMÁTICO A CONTRACARA DE LA SEMANA TRÁGICA .	49
A MODO DE CONCLUSIÓN	59
ANEXO	61
DOS VERSIONES DE LOS HECHOS	61
BIBLIOGRAFÍA	75

María Cecilia Di Mario. Estudiante de Letras en la UBA. Publicaciones: «Rainer y Minou: asedio a la escritura de un cronista». En *Oswaldo Bayer. Miradas sobre su obra* (comp. Miguel Mazzeo), Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2003. *Griselda Gambaro: exilio textual y textos de exilio*. Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno de Trabajo N° 44, 2004. Fue jurado del X, XI y XII Certamen Literario Infantil Pablo Pizzurno, organizado por la Comisión de Asociados de la Sucursal Núñez del Banco Credicoop. Organizó el «Concurso de Cuento y Ensayo Rodolfo J. Walsh» para la Secretaría de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, con un jurado constituido por Oswaldo Bayer, David Viñas, León Rozitchner y Rubén Dri. Desde 1997 se desempeña como alfabetizadora voluntaria en una cooperativa de vivienda.

Prólogo

Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada, cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas.

Rodolfo Walsh, febrero de 1970

Deseo explicar con qué mirada y desde qué marca en la memoria asumí la coordinación del presente trabajo de María Cecilia Di Mario, dado que la experiencia a relatar tiene mucho que ver con el objeto de esta investigación.

Apenas incorporada a la actividad gremial docente, advertí lo poco que sabía de los inicios de las luchas obreras en nuestro país, puesto que los textos y manuales al uso en la Escuela Normal, todos escritos desde la mirada canónica, apenas si mencionaban algunas «revueltas» que, «para la buena salud del cuerpo social», habían quedado «sofocadas». Mi buena estrella hizo que en los años 60 conociera a Sebastián Marotta, activo militante de la corriente sindicalista de principios del siglo XX.

Don Sebastián me ayudó a articular datos dispersos y contradictorios, y a descubrir que el llamado «crisol de razas» del que me habían hablado no era sino uno de los tantos mitos pergeñados desde el poder para consolidar la cohesión social, y que ese mismo poder estaría siempre dispuesto a descartar sus propios artefactos no bien dejaran de ser funcionales a su control. Sebastián Marotta me regaló los dos primeros tomos de su *Historia del movimiento sindical argentino*, bibliografía básica de todo futuro estudio sobre el tema. Así comencé a alfabetizarme en la materia y disfruté de un plus excepcional: la escucha del relato de lejanos episodios de lucha y resistencia en la propia voz del autor de la obra. Supe entonces que ese hombre más bien bajo, magro, modesto, transparente y dueño de un inquebrantable optimismo histórico, era un sobreviviente de la Semana Trágica; se había salvado de los fusilamientos del 9 de enero de 1919 en el cementerio de la Chacarita, al arrojarle de cabeza a una fosa recién abierta, y en el salto había arrastrado a una amiga suya, Salvadora Medina Onrubia, militante libertaria y esposa de Natalio Botana, dueño y director del diario *Crítica*. A través de la narración de don Sebastián -fuente palpitante de memoria-, tomé conciencia de que aquel pasado seguía abierto. Que la lucha continuaba, aunque yo no pudiera adivinar cómo. Pero de algún modo intuí que el olvido de las batallas anteriores podía equivaler a la muerte.

Marotta se remontó a la jornada del 7 de noviembre de 1918 -de la que también había participado-, cuando al cumplirse el primer aniversario de

la Revolución Bolchevique, más de diez mil trabajadores, en encendida muestra de adhesión, desfilaron por las calles de Buenos Aires. El maestro habló de la influencia que la Revolución Rusa operaba en «el espíritu colectivo» de nuestras masas obreras, que saludaban con júbilo a las que daban por terminado el reino de los zares, y proclamaban el fin de la explotación del hombre por el hombre. Un fantasma recorría la vieja Europa, pujaba por imponerse en Hungría y Alemania, y expandía sus vibraciones por nuestras tierras.

Entendí que ese concepto de «espíritu colectivo» no incluía una supuesta «unidad de espíritu», tan cara a los románticos alemanes, inclinados a reducir el pasado a esencias, porque Sebastián Marotta no tomaba la sociedad argentina como un todo homogéneo, ni mucho menos ignoraba la existencia de clases sociales -categoría que atraviesa todas las dominantes-, ya que él mismo había sido testigo y partícipe de un sujeto social en lucha: el proletariado que iban conformando nuevas capas de trabajadores. Eran éstos los inmigrantes que bajaban de los barcos con un singular equipaje; entre ropas austeras y nobles instrumentos de trabajo, viajaba también una rica memoria de batallas populares ganadas y perdidas en la Vieja Europa. Nutrido de esa memoria, el sujeto en formación en la joven Argentina que cimentaba su opulencia era sensible al triunfo de sus hermanos en Rusia, y transfería a sus hermanos de clase criollos una mejor comprensión de los procesos históricos, lo que potenciaba una extendida voluntad de lucha.

Como explicará más adelante María Cecilia Di Mario, desde la vereda opuesta, la clase dirigente de República de los años 20 rumiaba su miedo y su bronca. Si décadas atrás había perpetrado un genocidio en pueblos originarios al enarbolar la «guerra al malón» bajo el eufemismo de «Conquista del Desierto», cuando su principal objetivo era apropiarse de una de las praderas más feraces del mundo, esa misma clase dirigente estaba ahora dispuesta a inventarse un nuevo enemigo. En *La configuración del enemigo interno como parte del esquema represivo argentino*,¹ sus autores, Guadalupe Godoy y Héctor Barbero, dicen acerca del «enemigo interno»: «La imagen de un peligro potencial para la integridad de la nación ha constituido un recurso reiteradamente utilizado por nuestra burguesía». Y casi enseguida reconocen los autores dos grandes rasgos en nuestros sectores dominantes: «por un lado, cierta debilidad estructural para asegurarse un fuerte consenso social sobre su papel conductor; por el otro, un temor exagerado al surgimiento de movimientos impugnatorios».

¹ Godoy, Guadalupe; Barbero, Héctor, *La configuración del enemigo interno como parte del esquema represivo argentino*, Cuaderno de Trabajo N° 55, Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2003.

La oligarquía argentina se erizó ante formas de lucha inéditas en un país donde las clases subalternas, luego de la fundamental contribución a las campañas independentistas, habían expresado su rebeldía en el alineamiento tras los caudillos federales, o bajo la forma del bandolerismo rural, o acaso disgregándose en la desesperada fuga en abismo de tantos Martín Fierro. Alrededor de 1890, surgieron motines urbanos organizados y liderados por la clase obrera en formación, los que crecerían exponencialmente hacia 1918. Anticipándose a Michel Foucault, la ilustrada burguesía de la época sabía que el poder del discurso es su virtual conversión en el discurso del poder, y así puso en marcha sus dispositivos declamatorios en medios gráficos tan emblemáticos como el diario *La Nación*, a la par que, disgustada por la «ineficiencia» del gobierno de Hipólito Irigoyen —el primero elegido mediante el voto secreto y «universal» para los ciudadanos varones—, apelaba a otro tipo de dispositivos, mucho más contundentes que una operación de prensa. Aquellos grandes burgueses no necesitaban leer en libro alguno que el poder se tiene, el poder se detenta, el poder se ejerce. Y que si bien la sede aparente era entonces la Casa de Gobierno, la sede real estaba en la Sociedad Rural Argentina y en su subsidiaria, la patronal Asociación Amigos del Trabajo. De ahí salió la idea de crear formaciones parapoliciales y paramilitares, reclutadas entre los «jóvenes dorados» y adiestradas por altos jefes de la Marina en el Círculo Naval (esquina de Florida y Córdoba, Buenos Aires). Se sabría más adelante que en una de sus arengas, el contralmirante O'Connor había sostenido que «si los rusos y catalanes no se atreven a venir al centro, los atacaremos en sus propios barrios».² Quedaba de este modo consagrado el nuevo «enemigo interno»: los «rusos» (término en el que englobaban a los rusos con los polacos, lituanos y otros inmigrantes de Europa central de origen judío), a quienes identificaban en conjunto como los portadores del socialismo y el maximalismo o comunismo; más los catalanes, todos ellos, considerados adalides del «anarquismo apátrida». En realidad, el plan era infligir, sin distinción de etnia o nacionalidad, las formas más brutales de coerción, tanto en el cuerpo político colectivo como en innumerables cuerpos individuales. Sus víctimas propiciatorias: obreros y obreras, viejos y niños, fuesen criollos (su número es bastante significativo en las estadísticas de la represión), o italianos, españoles, o los llamados «rusos». *La Nación* del 30-12-1918 justificaba por adelantado los atropellos y crímenes:

La hora que suena es, sin duda, de reforma y renovación para el mundo, y ni a los ciegos les es ya permitido dudar de que el viejo edificio social se desmorona, y que hace falta rehacerlo o, por lo menos, apuntalarlo, si no se quiere verlo desmoronarse y aplastar a cuantos abriga.

² *La Prensa*, 13 y 14 de enero de 1919.

Poco antes, en noviembre del mismo año, en el corazón de Once, esquina de Junín y Corrientes, Monseñor Napal había arengado el antisemitismo. El prelado salió de inmediato en gira con otros religiosos por los barrios porteños, donde repitió su monserga; lo hizo incluso en la esquina de Caseros y La Rioja, bien cerca de la empresa Vasena.

El imperativo era, como bien señaló don Sebastián, domesticar la sociedad por el terror. Había que ablandar, dislocar, extinguir: ¡al traste con la imagen bucólica del «crisol de razas»! Para demonizar la imagen del «enemigo interno», se discriminaba en él a los que profesaban otra religión y tradiciones culturales. El aparato represivo de Estado, constituido por fuerzas policiales y militares, más las formaciones paralelas que actuaron con total impunidad, implementaron un verdadero genocidio contra el proletariado de Buenos Aires. Dentro de ese genocidio, los clubmen y «niños bien» del granero del mundo que integraban las bandas de «Orden Social» y «Guardias Blancas» asociadas a las «fuerzas del orden», desataron un pogrom en los barrios de Once y Villa Crespo, donde se concentraba la población proletaria de origen judío. En la edición del 3 de febrero de 1919 de la revista *Popular* (N° 45), el legendario periodista Juan José de Soiza Reilly denunciaba: «Vi ancianos cuyas barbas fueron arrancadas; uno de ellos levantó su camiseta para mostrarnos dos sangrantes costillas que salían de la piel como dos agujas».

Y no sólo se trató de «la caza del ruso», como los bandoleros asesinos denominaron su pogrom, sino también de asaltar sindicatos y redacciones obreras, mientras todavía les quedaba tiempo para crear «sindicatos libres» que reclutarían rompehuelgas.

¿Cuál era el pretexto esgrimido para justificar aquellas matanzas y demás tropelías? Tal como describe María Cecilia Di Mario en su trabajo, «una conjura maximalista» cuya meta era la instalación de un «soviet» en Buenos Aires para, desde allí, irradiar la Revolución hacia todo el territorio de la Argentina y Sudamérica. Lo único cierto era que la huelga general de los sindicatos porteños empezaba a replicar en otras ciudades. A lo largo de una semana, la represión se multiplicó en hechos sangrientos. Sebastián Marotta contó cómo la supuesta conjura necesitaba, según sus autores, de un líder, por lo que el capitalismo y los grupos oligárquicos tejieron una leyenda maximalista. Detienen a Pinie Wald, periodista de *Der Avangard*, periódico editado en ídish por la comunidad judía de orientación socialista. Preguntan a Wald cuál es su religión y él contesta: «Socialismo». Lo torturan. Detienen también a su novia, Rosa Weinstein, trabajadora de la confección. Acerca de las miradas sobre estos hechos, ver la compilación que Di Mario preparó con versiones de los diarios *La Nación* y *La Vanguardia*.

Habiendo esquivado las balas del día 9 de enero de 1919 en la Chacarita, donde iban a recibir sepultura y honores los caídos del martes 7, Sebastián Marotta, secretario general de la FORA (Federación Obrera

Regional Argentina) del IX Congreso (sindicalistas y socialistas) integra la comisión obrera que negocia con el gobierno de Hipólito Yrigoyen el levantamiento de la huelga general, contra la aceptación de las reivindicaciones obreras. Según Marotta, la huelga general culmina con una notable victoria de la clase trabajadora: jornada de ocho horas, 20% de aumento en los jornales mayores a 4,99 pesos; 30% para los de 3 a 4,99; 40% para los inferiores a tres pesos. 50% sobre las horas extras, «que se realizarán sin obligación por los obreros», 10% de aumento en los jornales de días domingos. No sanción del estado de sitio. Abolición del trabajo a destajo. Reapertura de los locales obreros. Retiro de las tropas de la Capital. Libertad de los trabajadores detenidos, que suman 1500. Ninguna represalia por la huelga.

La FORA del V Congreso, con mayoría anarquista, se opuso al levantamiento de la huelga. No pude ocultarle a Marotta que yo hubiera estado con ellos. Porque si bien el gobierno de Yrigoyen prometió que no habría represalias contra los obreros, tampoco hubo castigo para los asesinos. Mi disenso no hizo mella en la bonhomía de don Sebastián, y tampoco en el respeto que él me inspiraba. Me di cuenta de que le dolían todavía, y en profundidad, los desacuerdos, desencuentros y frustraciones que habían dividido al movimiento obrero argentino, división más que visible en los años 1918 y 1919, con la izquierda argentina como sujeto social fragmentado cuyas partes no eran continuas ni coherentes entre sí. Sebastián Marotta falleció en 1970, sin haber cerrado su herida, pero con fe irrenunciable en futuros cambios.

También Rubens Íscaró vio en la huelga un «triumfo estupendo de la lucha y la unidad de los trabajadores, de la solidaridad de todo el proletariado».³ Claro que en la misma página concluye que no hubo al frente de la huelga «una dirección comprensiva y capaz de organizarlo y orientarlo». Según Edgardo Bilsky, la Semana Trágica tiene una particular significación en la historia del movimiento obrero, porque marca el fin de la etapa «insurreccionalista», y si bien pertenece aún a esta primera etapa, contendría ya los elementos de una nueva. Dice:

La clase obrera de nuestro país progresa durante esta década de «guerra y revolución», en su constitución y estructuración, como clase dentro de la sociedad, tanto desde el punto de vista de su organización como en su dimensión nacional y en su discurso ideológico.⁴

Por su parte, Íscaró advierte que:

La policía parecía no querer un arreglo pacífico del conflicto. En circulares internas recibidas en las comisarías se recomendaba «hacer fuego sin aviso previo contra los

3 Íscaró, Rubens. Historia del movimiento sindical. El movimiento sindical argentino. Buenos Aires, Ciencias del Hombre, 1973, p. 183.

4 Bilsky, Edgardo J. *La semana trágica*. Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 7.

revoltosos» y se ordenaba destruir esas circulares una vez conocido su contenido. En cuanto al reclamo de los sindicatos y de los familiares de las víctimas, de que les fueran entregados los cadáveres, la policía contestaba invariablemente que no los tenía. En realidad, como se supo después, la mayoría de los cadáveres fueron incinerados; nunca se publicaron sus nombres y su cantidad. Debido a ello la mayoría de las víctimas de la Semana Trágica –que sumaron centenares– son héroes anónimos.⁵

Es decir, que las cifras oficiales (700 muertos y tres mil heridos entre el 7 y el 11 de enero de 1919), no incluyen a los NN. ¿Acaso los cientos de héroes anónimos de la Semana Trágica anticiparon los 30 mil asesinados por la dictadura militar de 1976?

Estaba avanzado el presente trabajo de investigación, cuando su autora leyó la ponencia «Pinie Wald: cuando la pesadilla deviene crónica», en el marco del Congreso Internacional «Transformaciones culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística», organizado por el Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA, 20, 21 y 22 de noviembre de 2006). En el diálogo con el público que siguió a las exposiciones, surgió con nitidez que, entre los aciertos del trabajo de María Cecilia Di Mario, estaba el reconocimiento de que *Pesadilla*, novela-crónica de Pinie Wald, instalaba, en uso de los procedimientos característicos de ambos géneros, una dialéctica de la lucha de clases.

Para el mismo trabajo, habíamos consultado antes la opinión de Nicolás Iñigo Carrera quien, entre otros muy valiosos aportes, destacó que en la sangrienta represión de enero de 1919 hubo una doble dimensión: por una parte, la «clase social»; por la otra, la «etnia» o «nacionalidad», y entonces el reconocido historiador nos remitió a un excelente libro de Sandra McGee Deutsch,⁶ profesora de Historia en la Universidad de Texas – El Paso; de su lectura se infiere con claridad que la dimensión «étnica» está subordinada a la de clase. Coincide McGee Deutsch con las conclusiones obtenidas por Herman Szwarcbart, cuya ópera prima *Un pogrom en Buenos Aires* (2007, en cartel en 2008) intenta reconstruir los trágicos hechos. «Contar sólo la persecución era quedarse a mitad de camino de la verdad», explica él. Y ante la pregunta: ¿Qué sectores fueron más golpeados durante el pogrom?, el joven documentalista responde:

Los primeros judíos urbanos que llegaron a la ciudad se habían instalado cerca de Plaza Lavalle y las primeras instituciones comenzaron a funcionar en esa zona, como el Templo de la calle Libertad. En general, se trataba de personas que venían de la región de Alsacia y algunos eran comerciantes. La segunda ola inmigratoria urbana, en cambio, estaba conformada por gente con un origen proletario, y se radicó en la zona del Once más cercana a Callao y Pueyrredón. Las agresiones directas durante el pogrom, donde hubo muebles y libros sacados a la calle e

5 Iscaro, Rubens, *op. cit.*

6 Mc Gree Deutsch, Sandra, *Las derechas: The extreme right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939*. Stanford, Stanford University Press, 1999.

incendiados, son puntualmente dirigidas a instituciones de izquierda, como el *Avangard*, sede del movimiento político de la socialdemocracia judía, ubicado en Ecuador al 300; el Poalei Tzion, cuyos integrantes eran sionistas pero socialistas, y estaba en Ecuador al 600; y la Asociación Teatral Judía, instalada sobre Pueyrredón. Entonces, se puede ver con claridad cómo los agresores tenían en claro a quiénes estaban atacando.

Pinie Wald fue hasta su muerte una figura muy respetada y querida dentro de la comunidad judeoargentina de pensamiento progresista. Su origen obrero está confirmado por sus trabajos iniciales en la Argentina. Al convertirse en periodista del *Avangard*, se constituyó en intelectual orgánico del proletariado del que provenía. Sindicado por la burguesía argentina como el líder en una supuesta conjura maximalista, escribió una obra de corte autobiográfico donde relata en forma novelada las jornadas que le tocó vivir y padecer, desde el 7 al 17 de enero de 1919. En *Koshmar*, el monólogo del narrador se despliega como un trozo de interioridad, como un momento de la corriente de conciencia a lo largo de una experiencia límite. Es un sujeto formulado como una conciencia operante, depositaria de un hecho que fue y es un hito en nuestra memoria colectiva.

Escrito en ídish, el manuscrito de *Koshmar* («Pesadilla») circuló entre los intelectuales de aquel sector de la clase trabajadora, y conoció una edición formal en 1929. Recién en 1987 se publicó una traducción al castellano, realizada por el escritor Simja Sneh. Aun así, la *Pesadilla* de Wald conservó su carácter casi secreto y «de culto».

Es momento de citar a Pedro Orgambide, notable escritor, antólogo e iniciador de series tan importantes como la de *Los Precursores* (Rosario, Ameghino), donde incluyó la versión castellana de la novela de Pinie Wald (1998). En su «Nota preliminar», Orgambide señala que *Pesadilla* «parece anticipar la técnica de la *real fiction* (Truman Capote) y, entre nosotros, los memorables trabajos de Rodolfo Walsh». Gracias a David Viñas, la obra de Wald habría de figurar en la currícula académica. Viñas señaló: «el expresionismo cóncavo y desolado que al comienzo dibuja *Pesadilla*, paulatinamente se va disolviendo en caricaturas y contorsiones».⁷ Resulta imposible leer los primeros capítulos de la novela de Wald sin recordar *El Proceso* de Franz Kafka, con su atmósfera de oclusión, desesperanza y sinsentido, como tampoco dejar de reconocer la correspondencia entre el humor jasídico que da pregnancia al *grand finale* de *Pesadilla* con el que aflora en tantas páginas del genial escritor checo.

En las antípodas se ubica la mirada irónica de Arturo Cancela en «Una semana de holgorio»⁸ (escrito en 1919), porque, si bien el cuento está

⁷ Revista *Ñ*, *Clarín*, 29-5-04.

⁸ Cancela, Arturo. «Una semana de holgorio», en *Tres relatos porteños*. Buenos Aires, Ediciones Nuevo Siglo, 1995.

logrado en cuanto a resolución y calidad literaria, fue escrito desde la distancia y la vergonzante compasión del sector liberal e «ilustrado» de la clase hegemónica. En cuanto a la obra dramática de Gonzalo Bosch, autor también perteneciente a la alta burguesía, no alcanza el vuelo del relato de Cancela, pero la reposición que realiza Di Mario de su pieza *La huelga* ayuda a comprender, a través del personaje protagónico, cómo la ideología de la clase hegemónica impregna el pensamiento de aquellos que reniegan de sus orígenes en las clases populares, porque en su loco berretín de trepar hasta la cúspide de la pirámide social, ven el «enemigo» en sus hermanos de clase.

Por eso, el valor de la memoria de las batallas populares, hayan sido ganadas o perdidas («Cominciare da capo», recomendaba Enrico Malatesta). Por eso, la muy inteligente recuperación y análisis que María Cecilia Di Mario hace de la obra de Pinie Wald y otros dos autores. Por lo mismo, este prólogo con el relato de un encuentro providencial y definitorio (para el que utilicé el yo enunciativo, descontando la benevolencia de los lectores y de la misma autora).

Por todo aquello, y también porque, como dice el ensayista catalán Joan-Carles Mélich, «...en el olvido, el ser humano sucumbe al poder constituido y, en contraste, luchar contra el olvido es también oponerse al poder».

Ana María Ramb

Introducción

Durante los primeros días del mes de enero de 1919, el aparato estatal desató una brutal represión sobre las organizaciones obreras, en el marco de la huelga general más importante conocida en la Argentina hasta esa fecha. Si bien Hipólito Yrigoyen había logrado arribar a la presidencia mediante la vía constitucional con el apoyo de las masas proletarias y sectores pequeño burgueses, el poder continuaba en manos de los sectores oligárquicos que no dudarían en coartar e incluso reprimir cualquier accionar que cuestionara o limitara sus intereses.

Si nos remontamos al período comprendido entre 1880 y 1914, las fuentes históricas indican el ingreso al país de capitales extranjeros, como consecuencia de la inserción de Argentina en el mercado mundial en su categoría de exportadora de productos primarios.¹ Paralelamente, se produce el arribo de una gran masa inmigratoria (más de cuatro millones de personas de acuerdo con los datos ofrecidos por Julio Godio),² con caudalosa memoria de luchas políticas desarrolladas en sus países de origen. El componente inmigratorio gestó las bases de la clase obrera argentina, la que desde comienzos de siglo se vio inmersa en un rápido proceso de organización, y entre cuyos principales exponentes se observaba la formación de sindicatos o «sociedades de resistencia», y la generalización de la huelga como instancia de reclamo en las ciudades más importantes del país.³

Previo a la gestión yrigoyenista, el posicionamiento del Estado frente al movimiento obrero se encontraba signado por el accionar represivo, tanto en las manifestaciones huelguísticas como en el ámbito parlamentario. Prueba de ello es la llamada Ley de Residencia, promulgada durante la presidencia de Julio Argentino Roca. Había surgido de un proyecto de Miguel Cané -novelista argentino perteneciente a la generación del 80, y funcionario en altos cargos públicos, tanto en la administración nacional

1 Cfr. Godio, Julio, *El movimiento obrero argentino (1870-1910)*, Buenos Aires, Legasa, 1987, p. 66 y ss.

2 Cfr. Godio, Julio, *La Semana Trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Hispamérica, 1985, p. 14.

3 En 1916, como consecuencia de la reforma electoral establecida por la Ley Sáenz Peña, aprobada en 1912, había accedido al poder la Unión Cívica Radical, con Hipólito Yrigoyen como presidente de la Nación. Las luchas del pueblo obtenían así una gran conquista democrática, arrancada a la oligarquía latifundista y a los agentes del capital extranjero. Factor importante en el logro fue el movimiento obrero, con la ola de huelgas generales que se sucedían desde 1900, las jornadas de 1909 y 1910, la lucha de los inquilinos de Buenos Aires en octubre de 1907 (llamada «La Rebelión de las Escobas»), las huelgas ferroviarias de 1907, 1912 y 19017, las luchas campesinas del Grito de Alcorta (1912), las huelgas de los trabajadores marítimos de 1916. En 1918 se produce en Córdoba el movimiento estudiantil que logra imponer la Reforma Universitaria, a la que los sectores obreros de la provincia dieron efectivo apoyo. Tres años después, tendrían lugar los episodios de la Patagonia rebelde. (Ver Íscar, Rubens, 1973, pág. 1883, N. de la C.)

y el parlamento, como en la diplomacia-, y a él se le encomendó la redacción final.

El texto definitivo de la ley 4144⁴ habilita al Poder Ejecutivo para decretar la expulsión del territorio nacional de cualquier extranjero que cuente con antecedentes penales en los países de origen; a aquellos cuya conducta «comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público», así como también para impedir la entrada de los inmigrantes cuyos antecedentes «autoricen» a referir a las anteriores instancias.

Paradójica y no casualmente -como bien lo señala Osvaldo Bayer en *La Patagonia rebelde*-, la magnitud y consecuencias del accionar represivo sobre sectores populares que tuvieron lugar durante la primera presidencia del líder radical superaron las acontecidas durante el régimen oligárquico:⁵ la matanza de la Semana Trágica (1919) y los fusilamientos de la Patagonia (1921) sucedieron bajo su gestión. Con el ascenso de Yrigoyen al poder en 1916, se produjeron notables variables en la relación establecida entre el Estado y los sindicatos, en comparación con las generadas con administraciones anteriores. Si bien el gobierno de corte liberal popular había logrado encontrar puntos de contacto y conciliación con los sectores obreros, la crisis económica posterior a la Primera Guerra Mundial -que afectó directamente las exportaciones agropecuarias- ocasionó, entre 1917 y 1918, el empobrecimiento de las condiciones de vida y de trabajo. Las consecuencias de aquella situación se concretaron en el aumento brusco del costo de vida y la desocupación.

Los indicadores ofrecidos en 1920 por la *Revista de Economía Argentina* compilados por la investigadora Beatriz Seibel,⁶ señalan que si el índice del costo de vida durante 1910 era de 100; siete años más tarde se eleva a 146, para arribar finalmente a un valor de 173 en el año 1918. Otro elemento ejemplificador en este sentido lo ofrece el comisario José Ramón Romariz, en su obra de corte testimonial *La Semana Trágica*, publicada en 1952, donde el autor da cuenta de sus vivencias y recuerdos de 1919, cuando ingresó como cadete en la Policía Federal. Afirma allí Romariz que por entonces el ingreso de un padre de familia tipo, de oficio estibador, alcanzaba la suma de \$120 mensuales, con los cuales debían cubrirse los gastos fijos de alquiler (\$18) y de comida, vestido, útiles y varios (\$100). Ante la enfermedad de algún miembro del núcleo familiar, había que recurrir a remedios caseros; cuando el afectado era el jefe de la familia, la única alternativa a la miseria y el hambre la constituía la solidaridad de los vecinos.⁷

4 Cfr. Godio, Julio, *El movimiento obrero...*, op. cit., pp. 267-8.

5 Cfr. Bayer, Osvaldo, *La Patagonia rebelde*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, pp. 31 y ss.

6 Cfr. Seibel, Beatriz, *Crónicas de la Semana Trágica, enero de 1919*, Buenos Aires, Corregidor, 1999, p. 34.

7 Cfr. Romariz, José Ramón, *La Semana Trágica*, Buenos Aires, Hemisferio, 1952.

Al ya señalado factor de afectación económica, se suma el arribo en 1918 de noticias sobre la Revolución Rusa y el estado de huelga generalizada en distintos países europeos. Diarios como *La Vanguardia* muestran la amplia resonancia de estos sucesos, así como el seguimiento cotidiano de los reclamos sindicales en nuestro país. Podemos visualizar en ejemplares de la época una sección específica titulada «Movimiento Gremial», la que contenía información sobre movilizaciones, asambleas, huelgas y estado de los conflictos. Como ejemplo, encontramos que el primero de enero de 1919, los Obreros Marmolistas se hallaban en huelga parcial; las fábricas Bazzalla Hnos., Talleres Metalúrgicos Pedro Vasena, Oliver Gelabert y Cía., Casa Thompson, Pintores Unidos, en huelga total, mientras los Obreros en Mimbre finalizaban la suya.⁸

La existencia en la Argentina de una clase trabajadora sindicalizada y en estado de movilización generó en determinados sectores de las clases dominantes el alerta y el temor de que estallara, como consecuencia del conflicto obrero, una situación revolucionaria. Los «maximalistas», nombre con el cual denominaban a los partidarios de la Revolución Rusa, pasaron a ser para aquellos sectores los principales factores de riesgo. Esta instancia es observable en la cruenta represión operada sobre el movimiento popular durante el período en el que se enmarcan las narrativas aquí estudiadas, así como también en los textos y publicaciones de época, donde se explicitan claramente los temores de clase.

En ese contexto, durante el transcurso del mes de enero de 1919, tendrá origen dentro del reclamo sostenido por los trabajadores de los Talleres Metalúrgicos Pedro Vasena, un factor detonante cuyo corolario serán los sucesos conocidos en nuestra historia como la Semana Trágica. Los obreros de la empresa, cuyo paquete accionario estaba constituido por capitales británicos en su mayoría (Carlos Lockwood y A. G. Prudam) sumados al porcentaje minoritario del empresario argentino Pedro Vasena,⁹ se encontraban en huelga de actividades desde el mes de diciembre del año anterior.

Entre las reivindicaciones obreras se incluían la actualización de los salarios (que habían perdido hasta un 50% de su poder adquisitivo), la reducción de la jornada laboral de once a ocho horas diarias, la no obligatoriedad de cumplimiento de horas extra, la reincorporación de los delegados despedidos durante el transcurso del extenso conflicto, la vigencia del descanso dominical y el aumento de los jornales. Al estallar la huelga metalúrgica en Vasena, los obreros y obreras argentinos iban a solidarizarse con aquellos trabajadores y sus reclamos, y su manifestación concreta sería la huelga general. Ante la posibilidad que ésta se extendiera, comenzaron a actuar los grupos de choque.

8 Cfr. *La Vanguardia*, miércoles 1 de enero de 1919, p. 3.

9 Cfr. Godio, Julio, *La Semana Trágica...*, op. cit., p. 223.

El día 7 de enero a las 16, los huelguistas de los Talleres Vasena iniciaron una marcha desde la planta industrial de la empresa situada en las calles Pepirí y Santo Domingo, hacia sus depósitos en las calles Cochabamba y La Rioja. En su itinerario, se toparon con los rompehuelgas («crumiros» para los huelguistas), contratados temporalmente por la empresa para no suspender la producción; un grupo de ellos transportaba en diversos vehículos los insumos necesarios. Los obreros, junto con sus mujeres e hijos, intentaron detener pacíficamente la marcha de los rompehuelgas y, ante la negativa de éstos, comenzaron a arrojarles maderas y piedras, tras lo cual fueron violentamente reprimidos por la policía.¹⁰ El saldo de la refriega será inicialmente de cuatro muertos y más de treinta heridos, y la declaración de una huelga general considerada, en cuanto a su significación política hasta esa fecha, la más importante. La ciudad quedó paralizada en sus actividades, mientras grupos de civiles armados que respondían a sectores dominantes, colaboraron en las calles con el accionar policial.

Julio Godio, en su obra *La Semana Trágica de enero de 1919* (1985), cifrará la complejidad los hechos de la siguiente manera:

(...) los sucesos del 7 sólo fueron el factor que «fusionó» la explosiva contradicción entre el capital y el trabajo: la lucha entre obreros y policías, con el saldo de varios obreros muertos, «sobredeterminó» el conflicto social, desencadenando una huelga general de carácter político.¹¹

En los días siguientes, los enfrentamientos continuaron y la represión recrudeció. Las cifras de muertos y heridos publicadas en los distintos medios gráficos oscilaban en función de la filiación ideológica de sus propietarios. Edgardo Bilsky, en su obra *La Semana Trágica*, ofrece una compilación de esa información que nos permite visualizar el atroz alcance y consecuencias de ciertos silencios y tergiversaciones:

El número total de víctimas durante estos días es muy difícil de establecer. El gobierno jamás los dará. Según la prensa y diversos testimonios, el número de muertos oscilaría entre 60 o 65, para los más «optimistas», y 1.000. Las primeras cifras son avanzadas por el comisario J. L. Romariz. (...) La prensa argentina publica a lo largo de estos días listas de muertos, las cuales darían un total aproximativo de 200 víctimas, pero se trata evidentemente de listas sumamente incompletas, donde no se incluyen los muertos no declarados en la asistencia pública, los desaparecidos, etc. *La Vanguardia* y *La Protesta* hablan de 700 muertos y más de 4.000 heridos. El número de detenidos alcanzaría cifras enormes; según la prensa, alrededor de 5.000 personas sólo en la Capital. Pero según *La Protesta* del 29/1/1919, el número total de proutrariados en todo el país asciende a 45.000 personas.¹²

En sincronía y estrecha vinculación con estos sucesos político–sociales, tiene lugar la producción de distintos tipos de escrituras en cuyo devenir

10 *Ídem*, pp. 11 y ss.

11 *Ídem*, p. 17.

12 Cfr. Bilsky, Edgardo, *La Semana Trágica*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

se inscriben novelas, crónicas, notas periodísticas, cuentos, obras teatrales, etc. Esta inmensa variedad cualitativa y cuantitativa de expresiones textuales nos habilita a reconstruir una intrincada red, tanto de filia-ciones y pertenencias como de oposiciones, de cuya trama se desprende, y a la vez se construye el contexto histórico.

Mucha es la literatura que se ocupa en su devenir textual de los sucesos ya referidos. Entre las novelas más representativas que los ficcionalizan, podemos citar *En la Semana Trágica* (1966) de David Viñas, como también *Profundo Sur* (1999) de Andrés Rivera. Floreal Mazía relató sus memorias y vivencias infantiles conservadas de aquellos días en *Enero negro, semana roja* (1974). Imposible dejar de mencionar el tango *Se viene la maroma*, con letra de Manuel Romero y música de Enrique Delfino, que refiere la influencia de la Revolución Rusa en el imaginario argentino. Sin embargo, el presente trabajo de investigación se orientó hacia la búsqueda de material literario producido casi en simultaneidad con los trágicos hechos de enero de 1919. Luego del proceso de localización de textos, preferimos centrar nuestra atención en el análisis de tres obras literarias que habilitaban, desde las distintas elecciones genéricas y los diferentes posicionamientos, la puesta en juego de tensiones e intereses antagónicos, y la lectura correspondiente a las instancias de inscripción de los autores elegidos. Otro elemento que resultó fundamental para el armado y organización de la investigación fue la consulta, selección y compilación de noticias publicadas en dos diarios ideológicamente antitéticos de la época, como lo eran *La Vanguardia* y *La Nación*, lo cual posibilitó una visión del «día a día», así como el establecimiento de ciertos puntos de encuentro y de fuga con los textos ficcionales.

La primera de las obras elegidas, escrita por Pinie Wald (1886–1966), es el registro diario de lo sucedido a su autor entre los días 7 y 17 de enero de 1919, en un itinerario que incluye la persecución, el secuestro y la tortura, bajo acusación de ser el máximo cabecilla maximalista del conflicto obrero. Su crónica *Koschmar (Pesadilla)* circuló en forma clandestina entre los sectores más humildes de la colectividad judía, para ser publicada en ídish luego de diez años. Wald había nacido en Polonia, el 15 de julio de 1886. Afiliado desde los trece años al *Bund* (partido político de tendencia socialdemócrata), arribó a nuestro país en 1906, donde se desempeñó inicialmente como obrero, luego como redactor del diario *Di Presse*, y posteriormente como director de la publicación *Avan-gard* (ambos órganos de la colectividad israelita). Su compromiso social fue constante, ya que concluida la Semana Trágica, siguió activamente vinculado con la organización de centros culturales populares y escuelas laicas dentro de su comunidad de pertenencia. Optó por naturalizarse argentino. Si bien la primera versión castellana de *Pesadilla* data de 1987 (aparece en *Crónicas judeoargentinas 1890–1944* bajo la com-

pilación de Ricardo Feierstein), su circulación masiva llegará recién en 1998, con la edición de la colección «Los Precursores» del sello editorial Ameghino, dirigida por Pedro Orgambide. Ambas ediciones castellanas serán posteriores a la muerte de Pinie Wald, ocurrida en el año 1966.

En forma paralela, y en una instancia contrapuesta ideológicamente a *Pesadilla*, el narrador y periodista Arturo Cancela (1892–1957) relató su propia versión de la tragedia de los Talleres Vasena en «Una semana de holgorio». La primera edición del cuento se dio a conocer a través de un fascículo de *La Novela Semanal*, en el ejemplar correspondiente al 10 de febrero de 1919. El texto sería más tarde compilado en la antología *Tres relatos porteños* de 1922. En fluido contacto con la novela de Wald, el cuento relata las desventuras de un «niño bien» a quien la ficción propone como el primer «guardia blanca». El protagonista, de posición acomodada y vida licenciosa, será confundido en medio del conflicto obrero con un cabecilla maximalista (aquellos por lo cual fue acusado Wald y que éste iba relatar en su crónica), situación que obligará al personaje a sobrellevar los hechos sin omitir la exhibición de sus filiaciones e ideario correspondientes a la clase a la que pertenece: la alta burguesía.

Finalmente, la tercera obra de la que nos ocupamos en el presente trabajo, es el drama en dos actos titulado *La huelga*, del doctor Gonzalo Bosch (1885–1967), estrenado en el Teatro Mayo el 13 de noviembre de 1919, y cuyo texto circuló ese mismo año en las páginas de la publicación *Teatro Popular*, edición N° 8. Gonzalo Bosch desarrolló una consecuente y muy reconocida labor en el campo de la Medicina y la Psiquiatría. En su tránsito por los claustros universitarios especializados en esas ciencias, se desempeñó como profesor titular en la Universidad Nacional del Litoral y en la Universidad de Buenos Aires, y en 1945 llegó a ocupar en esta última el cargo de decano. Su producción en el campo literario consiste en una novela (*Nieve*, de 1908), más un cuaderno de crónicas y apuntes (*Páginas de amor y muerte*), a lo que se agregan seis piezas teatrales: *Los venenos*, *En la corriente*, *La extraña*, *Al margen de la sombra* (1925), *Agua mansa* y *La huelga*. Incorporamos a nuestro análisis esta última obra. La pieza despliega la historia de un inmigrante italiano propietario de una herrería, quien se niega a adherir a la huelga general de enero de 1919. A partir de esa negativa, se dispara la trama argumental.

Pinie Wald: cuando la pesadilla deviene crónica

EN BUSCA DE UN GÉNERO

Un primer abordaje a la novela *Pesadilla* corrobora, en forma certera, nuestro ingreso como lectores a un texto cuya arquitectura exhibe una configuración diferente o, cuanto menos, irregular. Al comenzar nuestro itinerario a partir del subtítulo *Novela–crónica de la Semana Trágica (1919)*, encontraremos que éste exige a nuestro análisis la enumeración de características específicas tanto del género donde indica asentarse, como de sus elementos integrantes. En *El escritor apócrifo*, Roberto Ferro señala al respecto:

En un sentido fuerte y general, una crónica es un relato completo de acontecimientos realmente sucedidos, contados en orden lineal del tiempo, de manera que la secuencia temporal explique las relaciones de causa/efecto, o al menos garantice la comprensión de los hechos. Toda crónica es un texto ligado fuertemente al calendario, que registra acontecimientos aislados relacionándolos en un orden temporal, configurados en un lenguaje conciso, con impersonalidad, prescindencia de comentarios valorativos, objetividad, precisión, y sin ambigüedades.¹

A la luz de estos componentes, podemos advertir que en *Pesadilla* la referencia cronológica de los sucesos acaecidos en el contexto de la Semana Trágica, así como su locación espacio/temporal y la mención de protagonistas de las distintas clases en pugna, establece la inscripción del texto como crónica. Pinie Wald se constituirá al mismo tiempo en el narrador–cronista y en el personaje que habrá de desplegar en relato todo aquello vivido y sufrido por él mismo durante el período temporal comprendido entre los días 7 y 17 de enero del año 1919. De esta manera, queda fundamentada la verosimilitud en la corroboración de su presencia como actor social que registra un suceso y que, simultáneamente, forma parte de éste desde la praxis militante.

El narrador dará cuenta de su secuestro, confinamiento, tortura y posterior liberación mediante el uso de un doble movimiento que posibilitará el armado del texto en tanto crónica y novela a un mismo tiempo. Por momentos, en particular durante el relato de los primeros días, utiliza el tono impersonal y objetivo característico de quien recopila y dispone la información de manera distanciada (recordemos que Wald desempeñaba su actividad profesional en el ámbito del periodismo, situación que lo hacía poseedor de una experticia de escritura bajo estos lineamientos). Después hará empleo progresivo de la primera persona, momento en el que introduce juicios de valor, sentimientos, sensaciones y apreciaciones percibidos y enfocados desde su propia perspectiva. Esa alternancia

1 Cfr. Ferro, Roberto, *El lector apócrifo*, Buenos Aires, De la flor, 1998, p. 219.

entre el discurso periodístico y el ficcional –fuera mediante el distanciamiento y la objetividad en el caso del primero, o mediante la utilización de un marcado régimen metafórico, de una descripción del universo onírico y del recurso de la ironía para el segundo– articula una imbricada arquitectura textual que arriba a lo genérico desde su misma enunciación. En el estudio preliminar de la segunda edición castellana de la novela, Pedro Orgambide notará este pasaje o diálogo entre discursos que conviven en el texto como aquello que conforma el atractivo fundamental de la obra de Wald.²

A las características ya mencionadas, se agrega una organización estructural próxima a la del diario íntimo, dado que esta novela–crónica propone una división en *capítulos* cuyos títulos responden al orden temporal del «día a día» vivido («siete de enero», «ocho de enero», etc.); en una forma expositiva que establece por momentos un anclaje en el universo estrictamente subjetivo. Sin embargo, la cercanía en cuanto a la estructuración y la fragmentación ligada al calendario se quiebra en cierto límite: la descripción del universo intrínseco en *Pesadilla* deviene testimonio de sucesos públicos, deviene instancia colectiva. Las descripciones de las torturas que se le infringen al cronista–personaje conviven con las torturas de los demás detenidos por causas indudablemente próximas –la protesta social en primer término–, y hasta la más personal descripción de lo que ocurre en su psiquis se vincula en el texto a los efectos que el poder represivo ejerce sobre determinados sectores sociales. Pese a la dificultad de tratarse del relato de sucesos ocurridos en un ayer inmediato al tiempo de su escritura, y en los cuales el cronista–personaje toma participación (Wald escribe en enero de 1919 lo que le sucede a su persona en el marco de la huelga general obrera), este narrador configura, mediante la apelación a una doble referencialidad discursiva, el discurso periodístico y el ficcional, lo que podríamos llamar un *diario colectivo* de la Semana Trágica.

Este punto de arribo nos habilita para establecer un puente intertextual con la escritura de Franz Kafka, a propósito del estudio que sobre este autor realizaron Gilles Deleuze y Félix Guattari.³ Si retomamos las características que estos teóricos observan en los escritos kafkianos como exponentes de su inscripción en lo que ellos denominan una *literatura menor*,⁴ algunas de ellas pueden muy bien aplicarse a la novela–crónica de Wald.

En una breve síntesis del concepto propuesto por Deleuze y Guattari, encontramos que una *literatura menor* es el tipo de literatura que una

2 Cfr. Orgambide, Pedro en Wald, Pinie, *Pesadilla*. Buenos Aires, Ameghino, 1998, p. 7 y ss.

3 Cfr. Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, «¿Qué es una literatura menor?» en *Kafka, por una literatura menor*, México, Ediciones Era, 1978.

4 Los autores entienden por *literatura menor* no a la literatura de un idioma menor, sino la literatura que una minoría hace dentro de una lengua mayor. *Ídem*, p. 28.

minoría construye haciendo uso de una lengua mayor. Los autores proponen tres características esenciales para este tipo de literaturas. La primera indica la afectación del lenguaje por un fuerte coeficiente de *desterritorialización* cuyo ejemplo más claro es, en la narrativa kafkiana, la incorporación del idioma alemán en Praga bajo el dominio del imperio austro-húngaro, en detrimento del checo o el ídish. La segunda característica de este tipo de literaturas es que en ellas todo es político, estableciéndose un tipo de construcción cuyo punto de partida es lo individual y su anclaje es, indefectiblemente, lo social. Finalmente la tercera característica indicará la adquisición de un *valor colectivo* que absorbe toda la enunciación.

El primer elemento a considerar en esta lectura sobre el texto de Wald es la elección del idioma. En forma estricta, *Pesadilla* no podría ser considerada dentro de las *literaturas menores* en cuanto a esta característica, dado que se elige el ídish y no el castellano como punto de inicio para el registro escriturario. De esta manera, el elemento idiomático se establecerá en tanto parámetro de desencuentro entre Kafka y Wald, o bien como instancia articulada desde la inversión. Kafka hace uso de un alemán hegemónico impuesto arbitrariamente en una Checoslovaquia cuya lengua vernácula se encontraba fuera de uso oficial, a lo que se agrega la imposibilidad de ejercer la escritura en ídish. En tal sentido, dirán Deleuze y Guattari al respecto:

¿Cuál es la situación específica de los judíos de Praga en relación con las «cuatro lenguas»? La lengua vernácula, para esos judíos procedentes del medio rural, es el checo, pero el checo tiende a ser olvidado y reprimido; en lo que se refiere al ídish, éste con frecuencia es despreciado o temido, *da miedo*, como dice Kafka. El alemán es la lengua vehicular de las ciudades, lengua burocrática del Estado, lengua comercial de intercambio. (...) El hebreo como lengua mítica, con el principio del sionismo, está todavía en la condición de sueño activo. (...) Lo que es complicado es la relación de Kafka con el ídish. (...) Lo que le fascina del ídish no es tanto que sea una lengua de comunidad religiosa, sino también que sea de *teatro popular*. La forma en que Kafka presenta el ídish en una reunión política es extraordinaria: se trata de una lengua que da miedo, más que el desprecio que produce, «un miedo mezclado con cierta repugnancia», es una lengua sin gramática y que vive de palabras robadas, movilizadas, emigradas, que se han vuelto nómadas interiorizando «relaciones de fuerza»; es una lengua injertada en el alto alemán medio y que opera sobre el alemán tan desde dentro que no se puede traducir al alemán sin destruirla; no se puede entender el ídish sino sintiéndolo y con el corazón.⁵

Estas últimas declaraciones de Kafka extraídas de sus *Cuadernos* sobre la lengua ídish y la referencia al contexto socio-político del momento permiten vislumbrar la imposibilidad por parte del autor checo de utilizar otro idioma diferente al alemán. Aquello imposible para Kafka, se tornará realizable en *Pesadilla*. Pinie Wald, exiliado de Polonia a conse-

⁵ *Ídem*, p. 42. Las menciones de los autores a las declaraciones de Kafka son de «Discurso sobre la lengua yiddish», en *Carnets (Cuadernos)*. *Oeuvres complètes*, t. VII, pp. 383-87.

cuencia de un *pogrom*, e instalado en un país de habla hispana, define la elección de la lengua en la escritura de su novela por aquella de su comunidad de pertenencia, el ídish.

Tampoco podemos corroborar si el uso de ese idioma en la novela-crónica de Wald se ve afectado por procedimientos que *tensionen* dicha lengua (tal como hiciera Kafka con el alemán y de allí su innovación), dado que el presente análisis se limita a la versión castellana de la obra. Sin embargo, tanto el segundo como el tercero de los elementos enunciados por Deleuze y Guattari como característicos de las *literaturas menores* señalan una coincidencia de textualidades entre Kafka y Wald. Estas literaturas revelan que absolutamente todo (los triángulos familiares, los problemas individuales, etc.) deviene programa político, adquiere valor y accionar colectivos. De esta manera, cada enunciado se encontrará impregnado por el campo político. Esta función de enunciación colectiva en la literatura sobreviene, para los teóricos anteriormente mencionados, revolucionaria:

(...) es la literatura la que produce una solidaridad activa. (...) De esta manera, la máquina literaria releva a una futura máquina revolucionaria, no por razones ideológicas, sino porque sólo ella está determinada para llenar las condiciones de una enunciación colectiva, condiciones de las que carece el medio ambiente en todos los demás aspectos: *la literatura es cosa del pueblo*.⁶

Esta línea de análisis retoma y ratifica lo enunciado previamente en cuanto a la estructura textual de la novela estudiada: *Pesadilla*, además de conformarse desde su contenido y registro en términos de denuncia, se construye como programa político al constituirse en crónica articulada bajo la forma de *diario colectivo*.

Asimismo, la novela-crónica de Wald, publicada en ídish en 1929, nos indica su asentamiento en una instancia genérica desconocida en ese momento y cuya principal referencialidad se encontrará más de treinta años después en *Operación Masacre* (1957) de Rodolfo J. Walsh: el testimonio.⁷ En la obra analizada se observa una coincidencia en dos de los agentes exigidos en la tríada canónica del género:⁸ entrevistador y entrevistado encontrarán unidas sus funciones en el personaje Wald, quien dará cuenta (con la autoridad de transmisión, imparcialidad y obje-

6 Cfr. Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Kafka, por una literatura menor*, México, Ediciones Era, 1978, p. 30. Los autores amplían la última frase de la cita extrayendo de los *Diarios* de Kafka: «La literatura no es tanto un asunto de la historia literaria como un asunto del pueblo».

7 Para la caracterización del género testimonial, sigo el estudio propuesto por Ferro, Roberto, *op. cit.*

8 De acuerdo al análisis de Roberto Ferro, el testimonio canónico tiende a estar conformado por el entrevistador, el entrevistado y el lector (comprometido con una red de creencias). *Ídem*, pp. 255 y ss.

tividad requeridas) de los sucesos de la Semana Trágica. Asimismo, sus declaraciones se encuentran avaladas con citas a testigos y datos referenciales verificables, como la mención a las noticias y sus contenidos en los diarios de la época (*La Razón*, *La Vanguardia*, *La Prensa*) y la cita a personajes de público conocimiento (el doctor Federico Pinedo, el diputado Alfredo Palacios, el general Luis J. Dellepiane, etc.).

Otra de las características distintivas del testimonio que pueden observarse en *Pesadilla* es la inclusión de un prólogo que establece el pacto de lectura con el lector; en otras palabras, las condiciones de legibilidad que el enunciador propone. La obra comienza con un prólogo epocal titulado «1919», donde anuncia los datos histórico-contextuales que encuadrarán el resto del relato (específicamente la filiación con la Revolución Rusa). En el primer párrafo se describe –desde un registro tragicómico si se observa en perspectiva– la resonancia de la *revolución maximalista rusa* en Argentina, a propósito de la movilización y accionar del movimiento obrero por esos días.

El movimiento obrero revivió al son de la victoria revolucionaria. Hasta los parias más abatidos se reanimaron, declaraban huelgas y obtenían victorias. De un día para el otro y día a día seguía creciendo el coraje y el buen ánimo de los desposeídos; se expandía el entusiasmo.⁹

Luego, y en una operación de contraste con la descripción detallada de las movilizaciones huelguistas, el narrador focaliza en el punto de vista de la sobresaltada burguesía. La mirada burguesa construye de las masas obreras un formato de monstruo revolucionario, cuyas características coinciden con los atributos del personaje Calibán, en la obra *La tempestad* (1623), de William Shakespeare.

La burguesía estaba aterrorizada: creía que se acercaba su fin. Un espectro rojo se había plantado frente a ella. Por doquier veía una rebelión maximalista. Estaba segura de que en algún oscuro escondite se encontraba el dictador maximalista con el cabello desgreñado, maquinando el plan de la conjura...¹⁰

La denuncia a la burguesía puede leerse desde la articulación de un procedimiento paródico, lo cual implica la existencia de un texto parodiado (el personaje shakespeariano y la tradición que éste inscribe) y un texto parodiante (la crónica de Wald). Este procedimiento convierte a la crónica en autorreferencial, en el sentido de señalar la construcción de la propia clase desde la cuestionada mirada burguesa: la masa obrera tiene su principal referente en un dictador que es «rojo», desgreñado, vive en un oscuro escondite y, principalmente, maquina el plan de la conjura maximalista. Esta focalización estanca su mirada y da fin al prólogo en los temores del sector burgués que dispara la represión. Una operación de lectura de la novela-crónica a la par de los sucesos, nos exhibe un entramado en el

9 Cfr. Wald, Pinie. *Pesadilla*. Buenos Aires, Ameghino, 1998, p. 13.

10 *Ídem*.

cual el detenido y torturado cohabita (textual, físicamente) con quien se describe a sí mismo concebido desde el imaginario burgués: Wald preso acusado de dictador, Wald Calibán, Wald rojo ácrata.

En continuidad con lo expuesto anteriormente, observamos que si bien la obra inicia el prólogo desde la mirada localizada en el ideario represor de la burguesía, el final de la misma opone una focalización desde el sector popular ante la liberación de los sobrevivientes detenidos:

La conversación quedó interrumpida. Llegó un grupo de compañeros. Salí con ellos a la calle. Me abrazaban y de pronto me alzaron en andas y sentí el aire de la libertad en un día radiante y festivo, aunque a cada paso, inevitablemente, irrumpían ante la vista de cada uno de nosotros las huellas de la Semana Trágica.¹¹

La novela-crónica instala, en uso de este procedimiento, una dialéctica de lucha de clases.

LA CIUDAD ROJA

Finalizado el prólogo, la crónica establece como punto de partida el día 7 de enero. Con él se inicia un inmenso despliegue descriptivo en cuyo objetivo se encuentra la construcción de su principal componente: el espacio urbano, en una doble corporeidad, como explicaremos más adelante.

El escuadrón que abre fuego sobre los huelguistas organiza un escenario de calles sitiadas y cordones armados que enmarcan un reguero indefinido de cuerpos muertos y heridos. La masacre se conforma, entonces, como el primer elemento homologador y generador de distintos tipos de reacciones por parte de los habitantes de la urbe.

En el segundo día, la crónica subraya en su descripción la entremezclada multiplicidad de sentimientos y sensaciones que experimentan los sobrevivientes, quienes «confunden la tristeza con el pánico, la venganza y el espíritu de lucha».¹² Será ese desconcertado sentir humano el que se introduce en el ámbito espacial, y que se manifiesta en una eferescencia que fluye tanto por las calles como por las venas de quienes circulan. La ciudad se *humaniza*, cobra corporeidad por la atribución de características propias de quienes la habitan; se hace acreedora de un ardor que sintetiza el calor exudado del verano y el fervor pasional de los huelguistas: «Las calles están repletas de gente, vienen de todas partes, vestidos a medias (...). Se huele la transpiración, el desconcierto, la ira».¹³ La exhaustiva y exuberante caracterización espacial en relación con sus habitantes se contrapone a la segunda imagen de una ciudad muerta. De esta forma, a la irradiada corporeidad del bullicio revolucionario Wald opone, podríamos decir desde un recurso próximo a la

11 *Ídem*, p. 123.

12 *Ídem*, p. 15.

13 *Ídem*, p. 16.

figura del oxímoron,¹⁴ una ciudad silenciosa, de fábricas cerradas y cortinas bajas donde *nada se ve*, salvo la velocidad de los medios de transporte que *corren* (como si fueran humanos) hacia sus respectivas terminales. El espacio urbano se desarma. Los cuerpos ardientes que arrebataban las calles y los cuerpos ausentes que escapan parecen integrar, en forma simultánea, un doble movimiento antagónico: el vacío y la saturación conviven en las calles al ritmo del accionar represivo. La doble corporeidad (urbana y humana) se sintetiza en una misma materialidad, cuya única referencia la conforma el espíritu revolucionario.

La ciudad y sus habitantes exhiben elementos en cuya conjugación se estructura una atmósfera de horror. Conviven el ardor del fuego producto de los *pogroms* con las oleadas de gente, las vidas exaltadas y los cuerpos muertos del cortejo fúnebre. Todo se describe desde la suspensión en el aire: flotan el espíritu, la fuerza de la masa, y el olor de las calles. La masa humana que atesta el espacio circula por obra y acción de los rumores, los cuales al indicar el paso del cortejo, se constituyen en tanto indicadores de la muerte: «Una multitud fluye hacia Rivadavia, a causa del rumor de que por allí pasará el cortejo fúnebre. La calle se encuentra atestada de inmediato».¹⁵

El elemento que completa esa atmósfera es la irrupción de la tortura, que arriba como ejercicio instalado arbitrariamente en cada uno de los lugares posibles: las calles, las viviendas privadas, el Departamento de Policía, los cuarteles de bomberos, e incluso el Palacio de Justicia. La tortura invade la espacialidad textual, al extremo de abarcar lo público y lo privado. En cuanto a la represión en la vía pública, el límite descriptivo arroja la ejecución despiadada de un menor de edad en manos de miembros integrantes de la «liga patriótica». Un niño tildado de «maximalistito» quien, de acuerdo con el narrador, había salido de su casa para mirar el «desfile», será cruelmente fusilado. De la misma manera se describirá en forma exhaustiva el maltrato a miembros de la comunidad judía: ancianos arrastrados en las calles por sus barbas, víctimas de brutales maltratos propinados tanto por las fuerzas institucionales como por las organizaciones civiles que exhiben en sus solapas cintas blancas y celestes.

Puertas adentro de los espacios institucionales, la descripción no otorga descanso a los organismos de represión. Al cronista-personaje se lo somete a nueve interrogatorios, sólo dos a cargo de un juez. A esta situación se suman las «entrevistas» que tienen lugar durante el cautiverio del protagonista, llevadas a cabo por diferentes personalidades del ámbito político y mediático, y durante las cuales se prohíbe expresamente al acusado realizar preguntas. En medio de los interrogatorios, el detenido sobrevivirá a tres sesiones de torturas. Durante la primera y la segunda no

14 Oxímoron: Figura retórica consistente en el enunciado de una aseveración con dos componentes en apariencia contradictorios. Por ejemplo, la frase de Cicerón «su silencio es elocuente» (*Diccionario de la literatura de Joseph Stanley*).

15 Cfr. Wald, Pinie, *op. cit.*, p. 16.

se detalla el accionar sobre el cuerpo, sino la resultante. En la tercera sesión (la más cruenta de todas), se describe en forma detallada los distintos métodos operados en pos de destruir física y psíquicamente a la víctima. La instancia de padecimiento de la tortura en términos individuales toma un giro particular en la obra. El cronista-personaje narra sus vicisitudes en cuanto a cómo concebir la lógica (si es la que la hubiera) del sufrimiento en carne propia bajo ese tipo de práctica. Su inquietud se centrará en los límites humanos, tanto el de la tolerancia a la violencia por parte del cuerpo de la víctima (en este caso, él mismo), como el del ejercicio de la violencia sobre el cuerpo ajeno por parte del represor.

Comencé a experimentar una suerte de inusual curiosidad... sentir y vivir los martirios en mi propio cuerpo. Crecía en mis adentros el anhelo de conocer el grado de sufrimiento que uno es capaz de soportar; y también, hasta qué grado los seres humanos son capaces de torturar a sus semejantes.¹⁶

Sobre el final, se corrobora la legitimidad de tal insólita indagación en el diálogo que el personaje Wald sostiene, previo a su liberación, con el jefe del «Orden Social». Allí el protagonista sustenta su deseo de experimentar en el propio cuerpo el límite ajeno en cuanto al ejercicio de la violencia, así como la resistencia al dolor. Ambas instancias terminales tendrán el miedo como punto de contacto y fuga. La lógica torturador-torturado es trabajada pues, a lo largo del texto, en tanto dialéctica cuya existencia se inscribe y ratifica en todos los planos.

¿Qué sucedía del otro lado del muro de la cárcel? ¿Qué pasaba en la calle? ¿En la ciudad? ¿En país? ¿En el mundo entero? ¿Acaso existía algo que no fuera violencia y asesinato? ¿Cazadores y cazados? ¿Perseguidores y perseguidos? ¿Los que golpean y los golpeados? ¿Asesinos y asesinados? ¿Acaso existía algo fuera de bomberos armados y presos martirizados que esperaban su muerte...? ¿Dónde estaban los miles y miles de presos que había visto el día anterior? ¿O era un sueño atroz, una pesadilla al fin de cuentas?¹⁷

La pesadilla ofrece un itinerario urbano en el cual el cronista-personaje se verá incluido y sojuzgado a lo largo de siete días y siete noches, hasta alcanzar la libertad. Los dos días previos a su arresto efectuado el 10 de enero, el personaje, cual auténtico *flaneur* del horror, organiza un recorrido por la urbe, estableciendo el punto de partida en el lugar donde había sufrido la represión inicial de parte de efectivos policiales; el lugar no es otro que la fábrica metalúrgica Vasena. Allí comienza el periplo, desde una espacialidad sitiada y junto a la multitud que parte hacia la calle Rivadavia a la espera del cortejo fúnebre. La siguiente locación será el patio de una casa particular de la calle Bermejo, donde se aloja la redacción del diario *Avangard*. El lugar funciona como espacio de correspondencia y relevamiento de información por parte de los cronistas del periódico, entre los que se encuentra el protagonista. La noticia del ingreso del ejército en la ciudad desde Campo de Mayo, bajo el mando del general Dellepiane, se intercambia con la del mitín de los reaccionarios armados que pululan por Plaza Congreso. El próximo viaje de Wald es hacia el Comité Central de

16 *Ídem*, p. 37.

17 *Ídem*, p. 65.

la FORA, donde se informa el corte de comunicaciones con el interior del país. En forma dificultosa, Wald logra llegar a la casa de unos compañeros que viven sobre la calle Bermejo, lugar desde donde partirá hacia la sede de *Avangard*, en la calle Ecuador, entre Valentín Gómez y Sarmiento. El narrador arriba a la sede del periódico en el mismo momento en que allí se produce un *pogrom*, por lo que decide refugiarse en casa de otros amigos, sobre la calle Valentín Gómez. Se dirige más tarde a la casa de su compañera, Rosa Weinstein, en la Avenida Callao, y pernocta en ese lugar. Al día siguiente, ambos salen por la calle Corrientes rumbo a la redacción del *Avangard*, y allí encuentran todas las instalaciones destruidas por el fuego. La pareja es detenida en Corrientes y Pueyrredón, y conducida a la comisaría séptima.

Desde el momento de la detención en adelante, el itinerario establecido se limita a la circulación del cronista-personaje en el marco de espacios cerrados. Desde la comisaría séptima será trasladado al Departamento de Policía, situado entonces en la calle Pueyrredón, donde es brutalmente torturado. Luego lo llevan a un cuartel de bomberos, para finalmente alojarlo en el Palacio de Justicia. El último retorno al Departamento de Policía será la instancia previa a la liberación.

La circulación espacial de la novela-crónica propone un recorrido urbano cuyo punto de inicio es la represión en la calle, para finalizar en la exhibición de la corrupción y brutalidad represiva en el interior de las distintas instituciones gubernamentales. El periplo atraviesa la ciudad en conflicto, en un trayecto que abarca todos los posibles espacios, y de ese modo confirma el accionar del cronista: si en las horas previas a su arresto releva información junto a sus colegas desde los distintos puntos urbanos, en un *modus operandi* que establece la proximidad del actor social con los sucesos, de la misma manera en su recorrido como detenido incomunicado encuentra los medios para referir y denunciar los hechos operados sobre él y sobre los personajes con los que toma contacto.

DE CONJURAS Y CONJUROS

Uno de los elementos inquietantes a lo largo de todo el relato es el uso del humor. Desde el principio, se relata una situación que oscila entre lo terrible y lo jocoso, y cuyo casi deletéreo límite jamás el texto acabará de resolver. De esta manera, en la calle se percibe el clima de pesadilla, en permanente alternancia con un «clima festivo»; así como la expectativa popular por el paso de un cortejo fúnebre en homenaje a los caídos durante la represión del 7 de enero habrá de retomar su homologación tras la segunda sesión de torturas, momento en el que el autor empleará los términos «personajes», «desfile» y «declaración» para describir la circulación de autoridades policiales que tomaron parte de los diversos interrogatorios a los que fue sometido.

La huelga y la muerte conviven con el holgorio y la carcajada como expresión acabada de esos avatares. En forma reiterada, se hará mención a «estallidos» de risa por parte del cronista – personaje, aun en situaciones extremas como las sesiones de tortura. El registro elegido en la narración trasunta esta opción en la reiterada utilización de la ironía, la que desplegará sus giros a lo largo de todo el entramado textual.

En mi cabeza seguían resonando las frases: «Conjura maximalista»... «dictador»... «presidente»... «bomba»... yo había bebido sangre ... como señal del juramento que había prestado al hacerme cargo del liderazgo del levantamiento (...) De pronto sentí un dolor punzante, como de agujas, en la parte hinchada de mi rostro. Mi boca ensangrentada había reventado: ¡Estallé en risa!¹⁸

Wald hace uso de un procedimiento mediante el cual se apropia de la fábula que ha construido el poder sobre su persona, para operar con ella en términos tragicómicos. En la primera declaración de cargos en el Departamento de Policía se lo acusa, entre otras cosas, de beber sangre humana como acto simbólico de asunción de mando del levantamiento maximalista. La introducción forzada de lo absurdo en la acusación que obra sobre el cronista–personaje deviene grotesco textual.

–Este es el triunvirato maximalista... éste es el «presidente»..., aquél es el «ministro de guerra» y el otro «el jefe de policía»...

Los que desfilaban frente a nosotros, nos observaban con ojos que expresaban actitudes de diversa índole: dureza prefijada, astucia, asombro y tontera igual a la de un becerro; el oficial seguía «declarando»:

–El presidente es el que ha lanzado la primera bomba y bebió la sangre del soldado, cuyo cuerpo se hizo pedazos; ésta es su manera de proceder...

Tenía ganas de reírme, pero no sé qué suerte de expresión se reflejó a través de mi rostro, con el chichón por encima de mi ojo derecho, los dientes perdidos, la sangre reseca en derredor de mis labios y la nariz. Sólo sé que «mi» bombero, que conocía bien las instrucciones, agarró el rifle y apuntó la bayoneta contra mi corazón.¹⁹

En el registro de ese mismo día, el texto nos revela a un personaje que, ante lo ridículo de las acusaciones, opta por reinventarse desde un tono irónico, en tanto vampiro de sí mismo. El cronista se apropia nuevamente del absurdo fabricado sobre su persona y lo tensa hasta el extremo. Aquello que la institución policial tomó como objeto de persecución, es retomado y resignificado por la víctima:

Algo me ardía en la garganta y amenazaba con sofocarme. La boca se me llenaba de sangre: ¡la tragaba, bebía mi propia sangre...!²⁰

El término «pesadilla» ofrece en la obra diversas posibilidades de lectura, al punto de organizar una lógica que habilita el desplazamiento de la acepción. «Pesadilla» es, en principio, aquello que designa simbólicamente la represión, la tortura, los interrogatorios y la locura o el delirio al

18 *Ídem*, p. 43,44.

19 *Ídem*, p. 42.

20 *Ídem*, p. 48.

que se arriba a consecuencia de éstos. El accionar coercitivo ejercido sobre la persona física convierte en «real» aquello que se teme, aquello inimaginable, tras lo cual se ingresa en el colapso psíquico por el cual se duda hasta de la propia identidad.

Asimismo, se observa otra acepción de «pesadilla» en la inclusión del universo onírico del cronista–personaje, espacio donde la alucinación y la locura cobrarán relevancia. Tras las sesiones de tortura y ya agotado, Wald ingresa en terribles ámbitos imaginarios que se confunden y mezclan con la pesadillesca realidad diurna. Llegará el momento en que describirá la situación como vivir el «tiempo sin tiempo», como ingresar a un perímetro existencial dominado por la perplejidad y la enajenación.

¿Acaso todo eso habría ocurrido en realidad? ¿Tal vez habría perdido la razón después de la primera sesión de tortura? ¿Tal vez todo eso no era más que un delirio, fruto de una imaginación enloquecida?²¹

Ambas significaciones del término «pesadilla», tanto la simbólica como la literal, se encuentran conjugadas e imbricadas al punto de arribar a una retórica del horror. La memoria y la escritura funcionan para el cronista en tanto únicas instancias de exorcismo, de conjuro de dicha retórica.

Si continuamos con esta línea de lectura, observamos que la palabra «pesadilla» opera en el texto con una doble referencialidad. En primera instancia remite a la lectura que desde el poder político (el gobierno, las diversas instituciones y sus «fuerzas del orden», ciertas fracciones de la clase dominante) se hace de la influencia de la Revolución Rusa y los diversos acontecimientos revolucionarios en Europa. El temor crea el fantasma de la conjura maximalista, de la «pesadilla» que exterminarán con un baño de sangre. La segunda referencia (sobre la cual se sostiene la totalidad del relato) remite al accionar represivo sobre la clase trabajadora, su despliegue por la ciudad y el ensañamiento de las fuerzas policiales y civiles contra sectores integrados por extranjeros, entre los que están los de origen judío; el punto de anclaje final será el *pogrom* realizado en el barrio de Once. Esta mirada no omite la inserción de quien narra y padece los hechos en el infierno de su arresto, confinación, tortura y el efecto de ello en su integridad psicofísica. La puesta en escritura funciona como instrumento de denuncia mediante el cual se conjura la «pesadilla» del accionar represivo, denuncia que subyace en las palabras del cronista–personaje al momento de ingresar en su celda:

La policía, al registrarme, pasó por alto la presencia de un pequeño lápiz rojo en uno de mis bolsillos. «Este es el Palacio de Justicia», escribí, con aquel lápiz sobre la pared.²²

21 *Ídem*, p. 43.

22 *Ídem*, p. 95.

Arturo Cancela: cuando la tragedia deviene holgorio

Previo al análisis formal del relato «Una semana de holgorio» y su puesta en diálogo con la novela–crónica de Wald, resulta necesario circunscribir el marco editorial donde el cuento de Arturo Cancela se dio a conocer. Las publicaciones semanales, de gran auge y circulación en la población medianamente alfabetizada en torno a los años 20, constituyeron no sólo una de las principales ofertas culturales para los lectores medios de la época, sino también una instancia de profesionalización para jóvenes escritores ansiosos por ingresar en el campo literario. *La Novela Semanal* es un ejemplo de esas publicaciones, y en el marco de tal serie se publicó por primera vez el cuento de Arturo Cancela, el 10 de febrero de 1919.

Si establecemos una lectura comparada de las ediciones, podremos observar que la primera de ellas ofrece dos marcas paratextuales ausentes en las sucesivas, posibilitando a nuestro análisis elementos novedosos claramente vinculables con el eje de la presente investigación.

El paratexto¹ exclusivo de la primera edición lo constituye el subtítulo «Diario de un guardia blanca», que anticipa una estructura ligada fuertemente al calendario, la que queda corroborada mediante la narración en primera persona, con el despliegue de subjetividad que ello implica. Julio Narciso Dilon, personaje principal y narrador del cuento, describirá los sucesos que protagonizó en el período que abarca desde el jueves 9 hasta el domingo 12 de enero de 1919.

Retomando lo elaborado en apartados anteriores, podemos considerar que si bien *Pesadilla* se construye en tanto *diario colectivo*, «Una semana de holgorio» lo hará desde la estructura convencional del diario íntimo. La mirada que dirige la focalización será la de un «niño bien», socio del Jockey Club, quien vivirá el hecho de ser confundido en una comisaría con un cabecilla maximalista, como la experiencia más extraña, y en un punto más divertida de su vida. La narración, además de encontrarse fragmentada por fechas que enmarcan sus vaivenes diarios, cuenta con una separación adicional (presente en todas las ediciones) que, a través de la voz del personaje, titula las distintas experiencias. De esta forma, en su itinerario del 9 de enero, si «Desgraciado en el juego...» anticipa la elección errada de Dilon en las apuestas, «Afortunado en el amor» cerrará la cláusula mediante la narración de su en-

¹ Paratexto: De acuerdo al estudio de Gérard Genette, tipo de transtextualidad que implica todo aquello que se encuentra junto al texto y es externo a él. Relación del texto con su título, subtítulos, notas, epígrafes, ilustraciones, etc. En el presente trabajo, el término refiere al subtítulo y a una nota del autor. Intertextualidad: Según el mismo estudio de Gérard Genette, tipo de textualidad que implica la relación de co-presencia entre dos o más textos, como por ejemplo las alusiones y las citas.

cuentro con Carlota, y «El damero de medianoche» se nombrará huyendo del padre de la joven hasta perderse en la ciudad.

El viernes 10 de enero, el diario incluirá «Asalto una comisaría», episodio donde el protagonista pone en evidencia la primera confusión de la historia junto a un agente de policía, y su pronto ingreso en la comisaría; «¡Alto el fuego!», donde se presenta como un defensor inquebrantable de las instituciones frente al «ataque maximalista»; «La luz de un nuevo día...», que presenta un renovado malentendido del comisario sobre la identidad del detenido; «Convicto y confeso», donde da cuenta de su detención; y «Un interrogatorio», que pregona artilugios de supervivencia frente a las inquisiciones de las ridiculizadas autoridades.

Para el sábado 11 de enero, se reserva el detalle de las amenazas policiales en un apartado titulado con el nombre del capitán del escuadrón: «Aramis»; en «La ninfa Eco» se ríe del efecto sonoro que posibilitó su fuga; sigue el relato del fusilamiento de un manco en la vía pública, suceso que titulará «Hands up!» («¡Manos arriba!»); y concluye con el retorno a su domicilio en «La vuelta al hogar».

El domingo 12 de enero, transcribe una noticia del periódico matutino bajo el título «El asalto a la comisaría 44». Finalmente, en «De cómo recobro el uso de la razón y otros objetos» rememora la aclaración de su situación ante las autoridades policiales y la recuperación de sus objetos personales, sustraídos en esa delegación. A diferencia de la escritura de Wald, donde la crónica individual arriba a la instancia colectiva, «Una semana de holgorio» limita el alcance de la mirada a la subjetividad del universo burgués y sus intereses de clase.

El segundo elemento a analizar es una breve nota del autor, incorporada inmediatamente antes del relato que lleva por título «Advertencia», y que transcribimos a continuación:

Julio Narciso Dillon, el protagonista de la sencilla historia que reproducimos en seguida, no está formado de pasta de los héroes. Le falta para serlo alguna imaginación y capacidad de entusiasmo. La pobreza de aquella facultad le impide exagerar el peligro en la medida necesaria y la ausencia de esta última condición, no le permite enardecerse para sobrepujarlo. Por eso, aunque no es medroso, no tiene fama de «guapo» entre sus compañeros de «cabaret». Se explica así que habiendo estado mezclado a los episodios más impresionantes de la semana de Enero, su narración adolezca de cierto escepticismo ...

Julio Narciso Dillon ha sido el precursor de esas «guardias blancas» que tan eficazmente contribuyeron a sostener las instituciones amenazadas. Fue el primer civil que sin alharacas ni exhibicionismo –todavía no se habían inventado los brazales– ofreció su concurso a la policía. Ya se verá con qué resultado.

Como Paul Louis Courier en la campaña de Italia, la actitud de Dillon en los días de enero difícilmente puede inspirar sentimientos épicos. Es el porteño menos semejante a Tartarín que conocemos.²

2 Cfr. Cancela, Arturo, «Una semana de holgorio. (Diario de un guardia blanca)» en *La novela Semanal*, Buenos Aires, 10 de febrero de 1919, Año II, Nº 65, s/n.

Esta nota del autor pone en funcionamiento un juego de corte fuertemente irónico que luego, en el interior del texto, arribará a la parodia.³ En ella se establece el perfil del personaje principal en tanto antihéroe, carente de sentimientos «épicos», de imaginación y entusiasmo. Se lo presenta como el precursor de las «guardias blancas», que en el texto aparecen desacreditadas por la bestialidad de sus métodos. La mención de la no ostentación ni exhibicionismo acompaña el registro paródico, dado que el protagonista, víctima de un malentendido producto de su actitud diligente hacia la autoridad policial (intenta devolver un arma caída a un agente), provoca un disparo accidental tras lo cual se genera la imaginada toma de la comisaría 7^a. Luego, el narrador se verá inmerso en una fogosa defensa incondicional de aquello que no comprende ni conoce, en una sobreexcitación personal carente de causas o convicciones. No obstante esto, en todo momento la voluntad de Dilon se encuentra en la intención de no transgredir sino de sostener las instituciones, de ofrecerles sus servicios, y es aquí donde podemos encontrar la «epicidad» de este personaje. El punto de quiebre surge ante la falta de referencialidad de la que dichas instituciones adolecen, situación que obliga a Dilon a apostar por su propia causa: las instituciones no se adecuan a las necesidades de su clase y difieren notablemente de la idealización que de éstas él ha construido.

Si el héroe épico es, en términos generales, quien en uso de una extrema fortaleza física realiza acciones heroicas en exaltación de las virtudes construidas por la aristocracia, Narciso Dilon expondrá su cuerpo gratuitamente ante algo que desconoce, para luego huir, esconderse en su domicilio y solicitar los contactos necesarios, recurriendo a sus amistades, para limpiar su nombre y volver a ser el «ciudadano ejemplar» que nunca deseó dejar de ser. Estas palabras inaugurales parecen anticipar al lector el giro paródico del texto que preceden.

Introduciéndonos en el análisis de la obra, el primer elemento que salta a nuestra lectura es, nuevamente, un particular uso del humor. El diario se construye como la instancia paródica de los sucesos acaecidos en la Semana Trágica desde las disquisiciones de un tarambana. De esta forma, los reclamos sociales y el conflicto que éstos generan serán desplazados hacia la descripción pormenorizada de la incomodidad del burgués por no poder viajar del hipódromo a su residencia. Toda la situación que se vive en las calles será motivo del análisis del protagonista, quien en su discurrir deja muy en claro los intereses del sector social al que pertenece:

Al hallarme en la acera de la Avenida Vértiz y observar la ausencia total de vehículos, fuera de unos pocos automóviles particulares, recuerdo que estamos en huelga y me sobreviene un acceso de indignación ante la profunda estupidez de los huel-

3 Parodia: Imitación burlesca de una obra literaria o artística de cualquier clase, de los gestos, manera de hablar o actitudes de alguien, o de cualquier otra cosa (*Diccionario María Moliner*).

guistas. ¿Por qué se nos hace eso a nosotros? ¿Qué tenemos que ver en los conflictos entre el capital y el trabajo? ¿Acaso el juego no es precisamente un medio de allanar las inevitables diferencias sociales? (...) Fuente inagotable de esperanza es, por todo lo demás, un lubricante de las relaciones sociales, atenúa los odios de clase, da ilusión al pobre de que su miseria no será eterna, e infunde en los ricos la convicción de lo inestable de su fortuna.⁴

Asimismo, el narrador se ocupa de cuestionar la burocracia e ineficiencia institucional, como instancia propicia para la puesta en ridículo de la administración yrigoyenista. La comisaría se convierte en un espacio plagado de bárbaros inadaptados, desde el comisario hasta sus subordinados. En este sentido, se los presenta alcoholizados, ladrones (hurtan los objetos personales de Dillon, devolviéndolos sólo al enterarse de que éste es miembro activo del Jockey Club), desconocedores de sus funciones y tareas, ignorantes e inoperantes ante la emergencia y generadores del caos colectivo que se sostiene en actitudes patrioterías y ridículas:

Inmediatamente, el sargento fornido y retacón se me cuelga de los hombros como un chimpancé, berreando con viril angustia: «¡No sea temerario! ¡Abájese, niño!». Yo me resisto. Un oficialito, emocionado por esta escena de fraternidad heroica, exclama muy rápidamente, con voz de tiple: «¡Viva la patria!, ¡viva la patria!, ¡viva la patria!».⁵

(...)

El comisario cuchichea con los oficiales, se sonríe y me pregunta:

– Su abuelo paterno ¿qué fue?

– Diputado al congreso de Tucumán.

– ¿Por qué provincia?

– Potosí...

Grandes carcajadas del auditorio. El comisario hace esfuerzos por mantener la seriedad y dice:

– Potosí no es una provincia, es una calle.⁶

La ridiculización se hace extensiva a los huelguistas y a los trabajadores. De esta manera, será motivo de burlas el atuendo del cochero italiano, así como la inclusión espontánea de frases de su lengua vernácula en su discurso. Estas referencias burlescas no ignoran a Carla, la joven por la cual Dillon desviará su itinerario. En palabras del protagonista, ella es caracterizada en su andar como diferente al desplazamiento silencioso de una diosa homérica, a lo cual se contraponen el ágil y ruidoso taconeo de la joven. También será despreciado el lugar donde vive ella, rudimentario y sencillo, alejado de la metrópoli, asentado en medio de un baldío rodeado de una jauría de perros monstruosos. Esta tarea descriptiva que se adjudica el narrador nos permite confirmar su inscripción de

4 Cfr. Cancela, Arturo, *op. cit.*

5 *Ídem.*

6 *Ídem.*

clase dado que, en todas las circunstancias en las cuales articula esta utilización de discursos denostativos y términos despectivos, refiere a individuos pertenecientes a sectores medios o bajos (los agentes de policía, el cochero y su hija).

Si bien se ubica un punto de encuentro con *Pesadilla* en cuanto a la descripción de un espacio urbano casi muerto, sin actividad comercial ni medios de transporte, en «Una semana de holgorio» esta carencia de movimiento se exhibe no ya desde la influencia del sector popular sobre el espacio público (sea por la suspensión de actividades, sea por el repliegue consecuencia de la represión) sino en la focalización de la molestia del burgués por no permitírsele llevar a cabo su holgada vida. Así, cuando Narciso Dilon desee viajar desde su residencia hasta el hipódromo, forzará bajo amenazas a un cochero, a quien luego arruinarán su instrumento de trabajo por haber transportado pasajeros durante una huelga:

He resuelto el problema de mi traslación subiéndome, de viva fuerza, a un coche de plaza, cuyo conductor, un italiano viejito (...) quiso negarse a llevarme, pretextando que debía ir a largar. Me arrellané en el asiento y le dije en tono perentorio:

—Mirá gringo: si en veinte minutos no me dejás en la puerta del Hipódromo, te hago meter preso por maximalista.

Ante esa amenaza mía, el hombre se resignó.⁷

En la ficción de Arturo Cancela, el estallido popular nunca existió. Esto se observa en el punto de arribo de la organización argumental: todo se trató tan sólo de un «malentendido» por parte de una fuerza policial enardecida e ignorante que confunde un disparo accidental con una revolución, y de la exaltación de algunos grupos civiles (las guardias blancas, la Liga Patriótica). Asimismo, la furia xenófoba y antisemita de estos sectores civiles es desplazada en el texto, desde la utilización de la ironía, hacia una instancia lingüística:

En el camino advierto que otros grupos apedrean las casas de comercio, los nombres de cuyos propietarios abundan en consonantes. ¿Por qué les tienen tanto odio a las consonantes? ¿Acaso las vocales solas pueden componer un idioma?⁸

La mirada del protagonista da cuenta en los mismos ingeniosos términos ya de una incómoda falta de actividad, del caprichoso y risueño fusilamiento de un manco, como de la «originalidad» en cierto procedimiento callejero de tortura cuya variante deviene «pedagógica»:

Pequeños grupos de jóvenes con brazales bicolores, armados de palos y carabinas, detienen a todos los individuos que llevan barba y les obligan a levantar las manos en alto. Mientras los que usan palos les apuntan con éstos a boca de jarro, los de las carabinas les pinchan con ellas en el vientre, y otros, desarmados, se cuelgan de las barbas del sujeto. Según me informan en un corro, este original procedimiento

7 *Ídem.*

8 *Ídem.*

tiende a estimular entre los barbudos el amor a la nación argentina. Como soy lampiño me creo a cubierto de semejante recurso pedagógico y sigo hacia el centro.⁹

Los términos mediante los cuales el protagonista de la historia se refiere a este tipo de horror ejecutado en la vía pública, se encuentran en registro con los utilizados por el diario *La Nación* (ámbito en el cual Arturo Cancela se desempeñó como redactor entre 1912 y 1945). En línea con las palabras de Dillon, la noticia citada a continuación bajo el título «Una confusión lamentable», refiere a la instalación en las calles del nuevo «deporte de cazar al ruso» en manos de quienes ellos llaman «caballeros errados pero quizás con buenas intenciones»:

Se nos dice que algunos caballeros se han dedicado a un deporte que pudiéramos llamar «la caza al ruso». Parece que estos señores cazadores tienen del ruso en general un concepto digno de autor de folletines: el verdadero ruso, el legítimo, el indiscutible, el que constituye buena presa para aquellos, ha de ser necesariamente Acrata, temible hombre de acción, de aspecto humilde (...) Sin duda, entre la colectividad rusa hay ácratas y revolucionarios (...) pero la enorme mayoría es gente buena, modesta, y benéfica que vino a la Argentina huyendo de ese doble fanatismo que no hace mucho ensangrentó a su país natal. El caso de los judíos rusos, tan abundantes entre nosotros, no tiene otro origen que el que dejamos apuntado y no estaría bien ni sería lógico que quienes huyeron de la violencia nefasta se la encontrasen aquí. (...) A la policía le sobran medios para individualizar y capturar delincuentes sin necesidad de que nadie se anticipe en una exaltación, quizás y sin quizás, bien intencionada, pero errónea.¹⁰

Si el discurso del narrador se articula bajo una mirada que en forma constante desplaza sentidos en pos de relativizar el horror a través del uso permanente de la ironía y el humor negro, éstos también resignificarán distintas instancias en función de lo que resulte un divertimento para quien ejerce la focalización. A modo de ejemplo, la mala suerte de Dillon al apostar en el hipódromo se vincula con el color blanco desplazado en su sentido: desde la identificación de «las guardias» hasta aquello que pronosticaría el supuesto caballo ganador.

El cuento exhibe abiertamente uno de los peores fantasmas que podría gestarse en el imaginario burgués: la acusación vuelta en contra. A fin de obtener un medio de transporte, Dillon amenaza a un trabajador con denunciarlo por maximalista, para finalmente ser confundido con uno de ellos, hecho que será incorporado al punto de tornarse literalmente en su peor pesadilla. Al encontrarse incomunicado, el protagonista sufre sueños recurrentes en los que es juzgado por un comité maximalista, obligado a contraer matrimonio con la hija del «presidente del Soviet Local Bonaerense» (Carlota) y finalmente se sorprende él mismo adhiriendo a la filiación maximalista. El temor de este socio del Jockey Club, preso en forma equívoca, no es ser fusilado por la brutal policía sino, muy por el

9 *Ídem*.

10 Cfr. *La Nación*, lunes 14 de enero de 1919, p. 8.

contrario, convertirse en aquello «Otro» que, cual cuento fantástico, se ha instalado en el imaginario.

El texto opera en referencialidad directa con *Pesadilla*: «Una semana de holgorio» plantea un personaje que es confundido con un cabecilla maximalista. Por ello y, al igual que en la crónica de Wald, Dilon inicia un itinerario por la ciudad, tras el cual se lo recluye, es interrogado mediante el uso de la violencia con amenaza de fusilamiento, para finalmente ser liberado. En ambos casos, los medios masivos le asignan una nueva identidad al «sospechoso de maximalismo», vinculable a sus filiaciones foráneas (Nicolás Dilonoff es el nombre otorgado a Dilon en la ficción de Cancela, y Valecosky es el nombre asignado para Wald de acuerdo a los datos relevados del diario *La Nación*).¹¹ Si bien el cuento ratifica la «operación Wald», mediante la exhibición de una doble articulación entre distintas fracciones del poder y la prensa para crear en el imaginario social el fantasma maximalista, se ubica ideológicamente en el extremo opuesto de *Pesadilla*. Podríamos especular que, para la escritura de «Una semana de holgorio», se ha recurrido a los elementos y situaciones vinculados al «caso Wald», de público conocimiento en los diarios de la época (y posteriormente testimoniados por el mismo Wald en *Pesadilla*) para hacer de ellos su contracara paródica en la cual, de la mano del cuento y en clave cómica, se conjura mediante un particular uso del humor el «mal social»: la protesta. El falso equívoco del poder al acusar, confinar, torturar y condenar a Wald se transforma, en la ficción de Arturo Cancela, en una «falsa» comedia de embrollos. El punto más fuerte de contraposición ideológica entre ambos textos radica en que *Pesadilla* se instala en la denuncia, y «Una semana de holgorio» dista de serlo, ya que no se plantea ni se inscribe en ningún momento dentro de la lógica víctima-victimario, sino que todo lo que allí ocurre es consecuencia de «malentendidos».

La tensión ideológica de ambas figuraciones imprime su principal punto de cristalización en lo genérico: frente a la crónica testimonial que se instala en la denuncia, surge la parodia.

Esta última afirmación encuentra su principal eco y ratificación en el registro y tratamiento de las noticias observables en el diario *La Nación* de ese año. Consultados los ejemplares de la época, surge con nitidez que, desde el momento de la masacre perpetrada en los Talleres Vasena, el diario contribuyó junto con otros a la construcción mediática de la «agitación ácrata en la capital»,¹² y a entronizar la figura del ciudadano Pinie Wald como cabecilla del «primer soviét de la república federal de los soviets argentinos», así como al resto de su «gabinete»:

11 *Ídem*.

12 Cfr. *La Nación*, lunes 13 de enero de 1919, p. 8.

El «gobierno» maximalista.

Los supuestos jefes del movimiento maximalista continúan detenidos en el departamento central de policía: el «dictador» Pedro Wald en el cuartel de bomberos, y Juan Seleshik, «jefe de policía», y Sergio Suslow, «secretario general», en investigaciones.¹³

Luego de la liberación de Wald, el diario se preguntará, extrañado, sobre el origen de tal «confusión»:

Después de múltiples gestiones, que se estrellaban contra la displicencia policial – según los defensores del detenido – ha sido puesto en libertad Pedro Wald, a quien en el primer momento se le acusara de ser el presidente de la «república federal socialista de los soviets argentinos». (...) La víctima del error policial ha sufrido una semana justa de detención (...). Wald no sabe cuál ha sido el origen del rumor que dio lugar a que su detención adquiriese tanta resonancia.¹⁴

«Una semana de holgorio», en línea con *La Nación*, utiliza en su textualidad el mismo procedimiento final de atribuir parte de los sucesos a un «malentendido». Explícita forma de intentar cambiar o bien desplazar el sentido de la tragedia ante los lectores de sectores medios, principales consumidores de este tipo de publicaciones semanales debido a su accesibilidad en cuanto al costo.

Finalmente, no queda oculta a nuestra mirada el detalle final que Arturo Cancela imprime en la obra trabajada. A posteriori de la liberación del personaje y en el tono festivo que caracteriza todo el relato, aquél recibe la broma de una de sus amistades, que lo tilda de «presidente del Soviet». El grito convoca una imagen pesadillesca en la que Dilon cree ver el rostro de la hija del cochero italiano a quien en sus pesadillas carcelarias debía desposar, previo juramento de lealtad al maximalismo:

Inesperadamente el mono Sánchez Oriol prorrumpe en un alarido: ¡Viva el presidente del Soviet! Este grito hace volver la cabeza a los transeúntes y creo reconocer rápidamente dos ojos garzos que me miran con asombro, una cabellera castaña, un traje blanco suelto. ¿Es una ilusión? (...) ¡Estos autos marchan tan rápido!¹⁵

«Una semana de holgorio» propone con este cierre que el maximalismo, aquel rojo monstruo *calibanesco* que se oculta entre los transeúntes, continúa siendo una amenaza que permanece en acecho.

LA HISTORIA OFICIAL

Si nos remitimos al itinerario informativo ofrecido por el diario *La Nación* desde los primeros días de enero de 1919, encontraremos que apenas menciona el levantamiento metalúrgico de la Casa Vasena, y cuando lo hace es incorporado en la sección identificada como «Policía».¹⁶

13 Cfr. *La Nación*, domingo 14 de enero de 1919, p. 8.

14 Cfr. *La Nación*, domingo 19 de enero de 1919, p. 8.

15 Cfr. Cancela, Arturo, *op. cit.*

16 Cfr. *La Nación*, sábado 4 de enero de 1919, p. 5.

Los apartados, por cierto bastante pequeños, titulan: «La huelga en lo de Vasena. Trescientos tiros de revólver. Dos personas heridas» el día 4 de enero, y «La huelga de metalúrgicos. Nuevos atentados» al día siguiente.¹⁷ La descripción ofrecida da su informe sobre numerosos obreros armados y en actitud agresiva, reducidos por las fuerzas policiales, que jamás habrían hecho fuego al momento de poner fin al combate. No obstante, las víctimas a las que hace mención fueron casuales y ajenas al «hecho delictivo».

En el apartado del día domingo 5 de enero, el periódico refiere seis obreros detenidos, de quienes no se indican los nombres. Arribamos al día miércoles 8, y la noticia asciende a la página octava, con un título en tipografía un tanto mayor que indica en mayúsculas «Agitación obrera. La huelga de los metalúrgicos. El choque sangriento de ayer».¹⁸

13 de enero. El titular del ancho de tres columnas anuncia con toda la furia de sus mayúsculas: «La agitación ácrata en la capital. Descubrimiento de un plan maximalista. La policía detiene a los cabecillas». La página completa da cuenta de la situación general de la ciudad, de los tiroteos continuos, del accionar de los distintos gremios. Asimismo, en su primera columna afirma un apartado «El plan subversivo. Detención de los cabecillas en esta capital». El detalle informa la participación de cuarenta miembros integrantes del «primer soviét de la república federal de los soviets argentinos», entre los cuales se distingue la siguiente «dirigencia»: el futuro «dictador» Pedro Wald, el «jefe de policía soviét» Juan Selestuk, o Macar, o Macari Zlaziu, y el «secretario general maximal» Sergio Suslow. El diario certifica la versión en base a una información llegada de Montevideo sobre un presunto brote maximalista en Uruguay. Se presentan dos fotografías de prontuario (frente y perfil) del terrible «presidente confabulador maximalista». Aclara el diario que Wald y Macar, al haber opuesto resistencia al momento de la captura, resultaron «con algunas contusiones».¹⁹

Si hasta el 8 de enero la información sobre la huelga se desplazaba hacia los espacios menos privilegiados del periódico, encuadrada desde la lógica del «caso policial» (donde los huelguistas ocupan la figura del delincuente), cuando la noticia salta al sector principal lo hace de la mano de la fábula. La huelga se convierte en la gran ficción de la agitación ácrata.

Los titulares del 14 de enero continúan en plena exclamación de la agitación maximalista, que en este punto ya se ha expandido desde la capital hacia las provincias.²⁰ Tres elementos interesantes se rescatan del ejemplar. El primero es la certificación de la existencia de un proyecto de

17 Cfr. *La Nación*, domingo 5 de enero de 1919, p. 5.

18 Cfr. *La Nación*, miércoles 8 de enero de 1919, p. 8.

19 Cfr. *La Nación*, lunes 13 de enero de 1919, p. 8.

20 Cfr. *La Nación*, martes 14 de enero de 1919, p. 8.

«gobierno» ácrata, mencionando nuevamente los nombres y «cargos» de los detenidos. El segundo es una entrevista al supuesto «secretario general» de la conjura, Sergio Suslow. En ella se describen los rasgos personales del interrogado (joven, inteligente, con dificultades para hablar nuestro idioma), y se incorporan declaraciones de éste, en las que niega estar vinculado con algún accionar maximalista. El entrevistado dirá conocer a Pedro Wald, de quien también desconoce su filiación maximalista, agregando que el verdadero nombre de éste es Valecosky. Este elemento nos remite nuevamente a *Pesadilla* y a la ficción de Cancela: exhibir o ejercer la práctica xenófoba de transformar un nombre en función de generar similitudes con apellidos de origen judío o ruso. Suslow ratifica no haber sido maltratado durante el procedimiento de su arresto, así como tampoco sus compañeros (declaración que entra en contradicción con lo anunciado en el diario de la víspera, donde se especificaba que habían sufrido «algunas contusiones»). El tercer elemento remite a un recuadro de la misma página que indica: «Al margen de los sucesos. Una confusión lamentable». El diario deplora (en forma no muy convincente) el accionar ciertos grupos de civiles organizados en el deporte de «cazar al ruso» (¿primeros «guardias blancas»? ¿elementos referenciales de la ficción de Cancela?) Sus exaltados integrantes, aunque bien intencionados de acuerdo con la aclaración del periódico, se dedican a perseguir al habitante «aspectado» en los siguientes términos: ácrata, temible, humilde, malvado, conocedor de la química y con cuello de pieles (¿en enero, pleno verano?) *La Nación* no omite indicar que a la policía le sobran medios para detener delincuentes, y que debe evitarse la confusión entre estos «malhechores» y la «gente pacífica» que haya inmigrado a nuestro país.

Si bien el miércoles 15 de enero el «terrorismo ácrata» continúa adherido a los titulares (y el alcance prosigue en su extensión desde la capital hasta las provincias), el apartado que integra los «ecos del día» compone un discurrir sobre la huelga obrera.²¹ Si por un lado condesciende en la aceptación de este tipo de manifestaciones como forma de obtención de beneficios en las condiciones de trabajo, por el otro se rechaza la falta de actividad una vez solucionada la tensión social, y se sostiene taxativo en cuanto a la debilidad del gobierno al permitir atentados delictivos cometidos por agentes extraños a los gremios.

Luego, en la crónica diaria de ese ejemplar, se anuncia la solicitud de relevo por parte del general Dellepiane, quien había ocupado temporalmente la jefatura de policía en ocasión de la «huelga revolucionaria». Al enterarse de allanamientos producidos por la división policial Investigaciones en locales de los gremios con quienes intentaba un accionar conciliatorio (por ejemplo, el local de *Avangard*, incendiado frente a los ojos de Wald), el funcionario procede a solicitar su retiro. Arribado el jueves

21 Cfr. *La Nación*, miércoles 15 de enero de 1919, p. 8.

16 de enero, el retiro de Dellepiane se declara nulo, añadiéndose una entrevista donde el jefe de policía informa el arreglo total de «la cuestión obrera» en la capital. Asimismo, Dellepiane recibe la visita de una delegación de legisladores y concejales de diversas filiaciones políticas, quienes ponen en su conocimiento las numerosas denuncias realizadas a consecuencia de los malos tratos brindados a los detenidos, corroborados personalmente por ellos en ocasión de la visita que les realizaran (y que son descriptas por Wald en su novela-crónica). Los titulares del día en curso continuarán propagando la «agitación ácrata».²²

El viernes 17 de enero se produce un gran cambio de registro en cuanto al relato del suceso. El apartado, evitando las exaltadas mayúsculas y con una cuidadosa restricción de adjetivos, informa: «La detención de Wald. Habeas corpus denegado».²³ El «dictador» y su comparsa maximalista han desaparecido para dar lugar a un detalle plagado de minucias legales, y carente de información sobre los motivos de la detención. Todo elemento vinculable con la ficción construida días anteriores será cautamente eliminado. Ya desde el 14 de enero, *La Vanguardia* pregonaba en sus titulares «la novela policial sobre el sovieta maximalista»,²⁴ en clara alusión a la farsa construida en torno a la figura de Wald. En *La Nación* del 18 de enero, y continuando con el registro propuesto en la víspera, se agrega al seguimiento del caso un elemento incorporado por la policía, que es la acusación de desorden y portación de armas al momento del arresto de Wald. Esta mención sustituye en la ficción del poder y en el eco que la prensa hace de ello, la inicial acusación de formar parte de un complot maximalista.²⁵

El 19 de enero, día de la libertad de Pinie Wald, *La Nación* naturaliza la inocencia del detenido, lo anuncia en tanto «presunto presidente de la república de los soviets argentinos» y rectificará ese cargo «conferido por el rumor popular», desligándose de esta manera de su responsabilidad por la publicación de tales «rumores». La descripción física del liberado que ofrece el diario será la de un hombre de mirada tranquila, de «persona pacífica y sufrida», que por momentos deja entrever un toque de «humorismo» por los hechos pasados que lo convirtieron en víctima de un «error policial». El cronista de este medio, que se ha entrevistado con el ahora nominado «don Pedro Wald», refiere que este último desconoce el origen del rumor que dio lugar a su detención. La ficción, desvanecida como si se tratara de un fascículo de las novelas por entregas, desaparece de los titulares que omiten al sujeto del anterior enunciado: «En la capital y en el interior. Reanudación de las actividades. Ecos de la pasada agitación».²⁶

22 Cfr. *La Nación*, jueves 16 de enero de 1919, p. 7.

23 Cfr. *La Nación*, viernes 17 de enero de 1919.

24 Cfr. *La Vanguardia*, domingo 14 de enero de 1919, p. 1.

25 Cfr. *La Nación*, sábado 18 de enero de 1919.

26 Cfr. *La Nación*, domingo 19 de enero de 1919, p. 8.

Desde el primero de enero de 1919, *La Vanguardia* dedica la totalidad de sus páginas centrales a la situación de los distintos gremios bajo la sección «Movimiento gremial». La mención a la huelga en la Casa Vasena merecerá un breve apartado de apoyo, y junto a ésta, la extensísima lista de gremios adheridos al proceso: Obreros y Tejedores (huelga en las fábricas Bazzalla Hnos. y Oliver Gelabert y Cía.), Obreros Marmolistas (huelga parcial), Escultores en Madera (huelga en la Casa Thompson), Pintores Unidos (huelga de 24 horas), Aserraderos y Anexos de Boca y Barracas, Obreros del Mimbres, Sastres de Mar del Plata, Obreros Lavaderos y Anexos, son apenas algunos. El mismo día, el diario publica un relevo pormenorizado de los congresos obreros, como también un detalle mes a mes de todas las huelgas realizadas en el año finalizado.²⁷

La Fábrica de Cigarrillos «43» merece un comentario aparte. Al tiempo que *La Vanguardia* avala la declaración de huelga permanente y movilización de los obreros de esta empresa, *La Nación* publicita una página especial (se supone que solventada por la tabacalera Piccardo y Cía., dueña de la fábrica) titulada «La página del `43´», donde se alternan cuentos, frases célebres, anécdotas urbanas, economía doméstica, etc. El subtítulo agregado a la sección, «Casa genuinamente argentina» no da cuenta de la situación de explotación por la que atravesaba en ese momento su fuerza productiva. El primero de septiembre de 1919, los empleados de la fábrica de cigarrillos continúan en huelga, y publican en el periódico socialista un llamado a boicot a los diarios *La Razón* y *La Prensa*, así como la prohibición a todos los obreros sindicalizados de fumar cigarrillos «43», a costa de ser expulsados del sindicato con carácter de traidores.²⁸ La empresa Piccardo continuará publicando su página de variedades en *La Nación*.

Avanzados los sucesos represivos, *La Vanguardia* anuncia el 14 de enero de ese año el fin de la huelga general y la continuación del «terror blanco» puesto en acción mediante «patotas xenófobas» que asaltan conventillos en busca de *sospechosos de acracia*.²⁹ No casualmente esta remisión a las «guardias blancas» coexistirá con la «errada pero bien intencionada caza del ruso» anunciada por *La Nación* ese mismo día. Parte del titular da un balance de 700 muertos y 2000 heridos en manos de quienes se autodenominan los «defensores del orden».

En el apartado que titula con mayúsculas «EL PRETENDIDO PLAN SUBVERSIVO Y EL SUPUESTO DICTADOR MAXIMALISTA», *La Vanguardia* denuncia las supercherías llevadas adelante por algu-

27 Cfr. *La Vanguardia*, miércoles 1 de enero de 1919, p. 3 a 17.

28 Cfr. *La Vanguardia*, 1 de septiembre de 1919, p. 3.

29 Cfr. *La Vanguardia*, martes 14 de enero de 1919, p. 1.

nos medios (nos consta por lo expuesto anteriormente que uno de ellos es *La Nación*), que se ocupan de alterar la población sobre una pretendida e inexistente revolución. Niega la existencia de la entrevista a Suslow publicada en *La Nación*, relativiza las fotografías del rostro del «dictador» (*La Nación* se cuida en aclarar que las mismas difieren del rostro actual debido a que corresponden al momento de ingreso de Wald al país), y asimismo declara sospechosas e inocuas las noticias procedentes de Montevideo en relación al «brote ácrata».

«¿Quién es el ciudadano Wald?» preguntará retóricamente *La Vanguardia* ese mismo 14 de enero, y dará a conocer su versión en dos extensas columnas. Para tal fin, rechaza la ficcionalización novelesca implementada por el diario fundado por Bartolomé Mitre, y apela a desplegar una retórica de verosimilitud, apoyada en la legitimación de la información que se da al lector mediante la coincidencia del sujeto que escribe la nota y el que investiga. Se insiste en la posesión por parte de la redacción de datos fidedignos sobre vida y costumbres del «ciudadano» Wald, como también su reconocimiento como miembro activo y referido del Partido Socialista. Este recurso será llevado al extremo cuando se afirme que «Un ciudadano que diariamente se veía con Wald, persona de toda nuestra confianza, afiliado al Partido desde 1908, ha confirmado los datos que poseíamos respecto a Pedro Wald».³⁰ Luego se observa un exployado detalle sobre el accionar del falsamente acusado, desde su arribo al país hasta la actualidad, donde no se olvida mencionar su contribución para difundir entre la clase obrera las ideas y prácticas afines a las ideas socialistas entre los trabajadores israelitas que no hablaban castellano. Asimismo se clarifica desde su historia y su accionar militante la imposibilidad de pertenencia por parte de Wald a cualquier filiación «maximalista», como así también deja en claro su profundo antianarquismo visible en la abocada cooperación al triunfo socialista en las pasadas elecciones. La nota cierra con la denuncia abierta a la detención injustificada de ciudadanos rusos.

Al día siguiente (miércoles 15 de enero), *La Vanguardia* exhibe en su página central una carta enviada por el director del diario *Di Presse* (órgano de la colectividad israelita donde el autor de *Pesadilla* se desempeñaba como redactor), en la que se desmienten las acusaciones de las cuales ha sido víctima Wald. En continuidad, con un registro donde se apela a la referencialidad directa de terceros allegados para acreditar garantía de honestidad, la carta firmada por A. Kantz ratifica las diferencias ideológicas del acusado con el «maximalismo» y su certera filiación socialista, confirmada en el desempeño de Wald en la redacción de la revista israelita *Avangard*, órgano comprometido con esas ideas.³¹

30 *Ídem*, p. 2.

31 Cfr. *La Vanguardia*, miércoles 15 de enero de 1919, p. 3.

La misma página central informa sobre la visita que el día anterior había realizado el Dr. Federico Pinedo a la cárcel donde se alojaba su defendido, Pedro Wald (visita que será ratificada, al igual que todos los elementos vinculados al avance de su caso, en el relato testimonial que éste escribió). Tanto la crónica de Wald como la nota periodística confirman los mismos datos centrales: que el acusado había sido encarcelado en un cuartel de bomberos junto con el supuesto «estado mayor maximalista», que habían sido brutalmente golpeados a posteriori de la detención y la aceptación por parte de Wald de la defensa ofrecida por el Partido Socialista. Existe un detalle que agrega la novela *Pesadilla* y en el cual se instala el cruce textual (como así el inicio de la presente investigación): Pinedo le anuncia a Wald que ese día ha sido publicada una reseña en *La Vanguardia* de sus datos personales,³² resumen que se le lee -barrotes mediante- para corroborar la exactitud de la información allí indicada. Podemos visualizar también un segundo momento en la novela de Wald donde remite a la prensa, y es cuando recibe comida envuelta en un periódico (no identificado) que, para su desdicha, promociona «la conjura maximalista» y el apresamiento de los «cabecillas de la proyectada República Soviética».³³ Simultáneamente, a modo de marco contextual, el mismo 15 de enero se anuncia la supresión de las garantías constitucionales por parte de Cámara de Diputados, aprobándose el estado de sitio (*La Vanguardia* reproduce la sesión completa).³⁴

El jueves 16 de enero se publica la finalización de la huelga. Al tono de denuncia característico del diario socialista, se añade en este punto el juego paródico: retoma las frases, motes, etc. utilizados por los otros medios en detrimento de los acusados, e invertirá su sentido. En una gran nota central, se conocerán los detalles de «el complot maximalista». En lo que respecta al caso Wald, la ausencia de motivos para su detención será lo que sostenga el pedido de *habeas corpus* ante el juez Escobar, titular del Juzgado Federal a cargo, quien rechaza el pedido. El letrado, comentará el diario, pudo corroborar las lesiones físicas que presentaba el detenido que compareció ante él. Se informa el mismo día sobre la libertad de la compañera del acusado, Rosa Weinstein, quien había sido detenida junto con éste (situación narrada en detalle en *Pesadilla*). Se publican declaraciones de la damnificada, donde afirma haber sido interrogada por el mismo Dellepiane quien, en ejercicio de funciones de jefe de policía, intercedió por ella, dejándola en libertad. El comisario que ordenó su detención declaró ante su superior haberla privado de su libertad por el hecho de haber encontrado demasiados libros en su cuarto. Ironizará *La Vanguardia*: «Ya saben los estudiosos de Buenos

32 Cfr. Wald, Pinie, *op. cit.*, p. 78.

33 *Ídem*, pp. 108– 109.

34 Cfr. *La Vanguardia*, miércoles 15 de enero de 1919, p. 1.

Aires: es muy peligroso tener muchos libros en sus habitaciones, porque los comisarios de policía consideran tal cosa como un delito muy grave...»³⁵

Finalizado el proceso judicial que fuera cubierto a diario por la redacción del periódico, el 19 de enero se redacta una extensa nota que, a modo de «epílogo del sainete de la revolución maximalista» e incluyendo los últimos pormenores del caso, informa sobre la libertad de Pedro Wald (quien tuvo que abonar \$160 correspondientes a la contravención nunca corroborada de portación de armas).³⁶

Tres días después, *La Vanguardia* da su golpe de efecto final: publica en segunda página «Un reportaje a Wald» acompañado por tres fotografías cuya fisonomía no se asemeja en lo absoluto a la propuesta por las fotos que *La Nación* publicara como exponente de un «dictador maximalista». La primera muestra al «dictador» antes de ser detenido; la segunda y la tercera, frente y perfil, Wald al recuperar su libertad. Contracara del prontuario: la deformidad del rostro debido a los golpes y las torturas. La nota que las acompaña será la exacta síntesis de lo que el «ciudadano Wald» testimoniará en *Koschmar (Pesadilla)*, novela testimonial publicada en ídish diez años después, y en castellano recién en 1987.³⁷

35 Cfr. *La Vanguardia*, jueves 16 de enero de 1919, p. 1–2.

36 Cfr. *La Vanguardia*, domingo 19 de enero de 1919, p. 1.

37 Cfr. *La Vanguardia*, miércoles 22 de enero de 1919, p. 2.

Gonzalo Bosch: un texto dramático a contracara de la Semana Trágica

El argumento de «La huelga» propone, a lo largo de dos actos, la resolución de un triángulo amoroso; su telón de fondo será una particular situación ocurrida en el marco de la Semana Trágica. La escena inicial se sitúa en la herrería del inmigrante italiano Don Pascual, quien vive junto a su esposa Catalina, de nacionalidad argentina, y a su hija Rosina. El estallido del conflicto obrero que ocupa las calles plantea la instancia de definición por parte de los integrantes del comercio, en cuanto a adherir o no al cese de actividades. El dueño de la herrería profesa tal devoción por su actividad laboral que le impide considerar la posibilidad de interrumpirla. La mayoría de los peones contratados decide adherir al reclamo, con excepción de Luis. Dos motivos serán los que lleven a este personaje a continuar, aunque a regañadientes, con su trabajo, y pese a la huelga. El primero lo constituye su falta de coraje para enfrentar al temido y en un punto odiado Don Pascual, su mentor, quien a lo largo de los años lo ha tratado como a un hijo, a la par que le enseñaba el oficio. El segundo motivo es la secreta atracción que Luis profesa por Catalina, la mujer de su patrón.

En este punto, hará su aparición en escena Julián, de cuyos discursos se deducirá su afiliación al el Partido Socialista y su participación activa en lo que compete a la actividad política argentina del momento. Este personaje, que manifiesta cierta familiaridad de trato con el resto, se presenta en la herrería con el fin de convencer a Pascual de cerrar el comercio hasta tanto finalice el conflicto. La solicitud de Julián, rechazada en forma constante por Don Pascual, llega al punto de la advertencia por parte del primero, con ciertas implicancias de amenaza vedada. En el ínterin, se hacen notorios los motivos por los cuales el dueño de la herrería viajó a América: la pelea en Italia con su hermano Bautista por causa de una mujer, riña en la que Bautista pierde un brazo, y el autoexilio que Pascual se impuso para superar la culpa. Si en Europa se padecía hambre y desempleo como consecuencia de la guerra, éstas no eran situaciones que afectarían al dueño de la herrería, cuyos padres le proporcionaron estudios en buenas escuelas y una fábrica que heredar (a la cual renuncia por remordimiento).

El hecho que detonará el conflicto central comienza con la irrupción de una delegación obrera en la herrería, para requerir el inmediato cese de actividades en aras de solidaridad gremial. Uno de los representantes obreros trata a Don Pascual (quien no escucha otras razones que las de su fervor al trabajo) en términos de «carnero». Esta situación genera, luego de un cruce de insultos y empujones, la muerte del obrero a manos de Pascual, quien le ha propinado un martillazo en el cráneo. El protagonista es juzgado y confinado en prisión por su crimen. En ese período Catalina y Luis conviven, en la convicción de que Pascual nunca regre-

sará al hogar. Producto de esa unión será Chicha, hija de ambos. De ahí en más, los problemas se concentran en el maltrato que Luis prodiga tanto a Catalina como a Rosina, a quienes obliga a trabajar en el lavado y planchado de ropa para sostener su vida licenciosa. Finalmente, Pascual será indultado y su imprevista aparición resolverá el enredo amoroso: el adulterio es descubierto, pese a los inútiles intentos de ocultarlo por parte de Catalina y de Luis; Rosina parte a Italia con su padre.

En términos generales, la obra propone una estructura en la que el conflicto político social es desplazado y absorbido por el conflicto amoroso. Si bien con esta elección se intenta limitar intratextualmente los sucesos de la Semana Trágica a lo que funcionaría en tanto «disparador» del drama pasional, una lectura atenta permite percibir trazos de un emplazamiento ideológico que trabaja en función de resemantizar, de otorgar otro sentido a los elementos que pone en juego, mediante una operatoria que a continuación se intentará desmontar.

A lo largo del texto, se exhibe en forma acentuada y permanente la asociación de cualquier tipo de práctica sindical o intento de trabajo en la esfera política en general con un accionar «politiquero», inútil y especulador. El diálogo de Pascual con Julián (durante la visita que éste realiza a fin de convencerlo de cerrar la herrería en adhesión al paro general) dará cuenta de esto:

Julián: – No se puede ir en contra de la justicia y el derecho... Anoche he dado una conferencia demostrando que los obreros y los patrones deben ser un sólo cuerpo... estar siempre de acuerdo... y cuando los obreros piden aumento de salario, es porque la vida, más difícil cada día, así se lo exige... Pero a los patrones, mi querido amigo, salvando raras excepciones, les cuesta oír a sus subordinados.

Pascual: – ¿Y por qué no se declaran ustedes en huelga?

Julián: – ¿En huelga de qué?

Pascual: ¡En huelga de qué!... Claro que ustedes no trabajan... es decir, no trabajan con los brazos, pero lucran con nuestros odios y viven de eso (...) pero cuando las papas queman, como dicen acá y salen los obreros, que es lo mejor que hay en la tierra, envenenados por ustedes y se hacen matar como moscas, ustedes se quedan en la casita y dejan pasar la tormenta.¹

Ambas posiciones se ratifican en la mención de las conferencias que Julián refiere haber dictado, y en el rechazo de este tipo de prácticas por parte de Pascual. No obstante esto, el discurso del dueño de la herrería no se propone en términos de denunciar la inoperancia del ámbito político-partidario, sino que lisa y llanamente lo impugna, identificándolo con una práctica «charlatanera» cuyo objetivo inmediato es la confiscación del producto del trabajo de aquellos que ingenuamente adscriben a su causa.

1 Cfr. Bosch, Gonzalo, «La huelga» en *Teatro Popular*, Buenos Aires, Empresa Cultura y Civismo, Año I, N° 8, 1919, p. 7.

Sin embargo, según el universo ficcional creado por Bosch, muchos de quienes integran las filas partidarias en el ya mencionado mecanismo, distan de ser víctimas. Esto puede observarse en lo expuesto por Luis quien, durante el confinamiento de Pascual, se quejará junto a su amigo de la existencia del voto secreto en el cuarto oscuro, nueva modalidad de sufragio que provocó que, aplicada la Ley Sáenz Peña, se prescindiera de su actividad de matón a sueldo de los partidos políticos, cuando el voto «cantado» dejaba lugar a presiones de todo tipo sobre el indefenso votante (las primeras elecciones bajo esta Ley habían dado el triunfo a Yrigoyen en 1916):

Tano: –... Antes, las elecciones daban mucha plata, pero ahora, con eso del cuarto oscuro, nos arruinaron la «futura»...

Luis: –Tenemos que emigrar, Tano.

Tano: –¿Y adónde?

Luis: –¡A cualquier parte... al Japón! (...) Ponemos una academia de tango.²

La obra propone la institución partidaria como órgano de manipulación y explotación, que incorpora a sus integrantes en prácticas corruptas relacionadas con el ejercicio de la vagancia y el clientelismo político.

En la asociación de los huelguistas con la holgazanería, el discurso de Pascual se impregna de un explícito contenido segregacionista, en la acción de denostar a los criollos en forma permanente. La huelga y quienes la llevan adelante se identifican con el deseo de una vida fácil y sin esfuerzos imaginada por seres ignorantes:

Pascual: –Haciendo la huelga... haciendo la revolución... excitando a esa punta de brutos que leen libritos de cinco centavos...

Julián: –Lo peor es que no ha comprendido lo que le digo... Si precisamente acabo de manifestarle que yo trato, en mi humilde esfera, no de lucrar con odios, sino por el contrario, para que éstos no existan entre el capital y el trabajo.

Pascual: –¡Qué capital y qué trabajo!... ¡Yo no tengo un centavo, Cristo! Trabajo como los peones... me levanto al alba... soy el primero que golpea en el yunque ¡he puesto cuatro pesos para levantar este pobre boliche y dar de comer a cuatro haraganes!³

La figura del obrero personificada en Emilio (quien fuera el eternamente rechazado pretendiente de Rosina) se construirá desde la sospecha y no ya desde el discurso de los personajes sino en una explícita marcación para los actores que predica lo siguiente: «Entra Emilio: este es un personaje sombrío: viste de obrero».⁴ El final destinado al obrero en la obra será el suicidio, no sin dejar de incluir el fantasma de la holgazanería porque, debido al «mal de amores» que lo aquejaba por la negativa de

2 *Ídem*, p. 27.

3 *Ídem*, p. 7.

4 *Ídem*, p. 14.

Rosina, no se encontraba en condiciones psíquicas para trabajar. Así, el principio de segregación anteriormente mencionado como enclave para la valorización y normativización de la dinámica político-sindical en este otro caso es instrumentalizado mediante el despliegue de elementos folletinescos, dispositivo que propicia la adhesión o el rechazo «emotivo» del público:

Pascual: –¿Qué andás haciendo, alma en pena? (...)

Emilio: –¡No te rías! Siento algo extraño por esa mujer. No puedo trabajar, no puedo comer... no duermo! La veo en todas partes; ¡la necesidad de que sea mía es más fuerte que mi propia vida!... Hay momentos en que siento deseos de matarla y matarme! ¿Por que no me querrá, Luis, por qué?⁵

En la figura de Don Pascual, se propone una construcción modélica que sostiene la imagen de un patrón portador de valores sostenidos desde una falsa ética que propaga el individualismo como único punto de inscripción posible y el total rechazo a cualquier tipo de accionar colectivo. Desde la profunda exaltación del trabajo, Pascual se nombrará a sí mismo en tanto «hombre-fábrica», «hombre-máquina»; palabras que traen a la memoria ciertas reminiscencias de la propuesta vanguardista del futurismo italiano. Su fundador, Filippo Tommaso Marinetti (1876–1944), expuso en sus manifiestos la interpretación de la modernidad como adoración de la máquina, a la que propone como instrumento multiplicador de los poderes del hombre, y como pauta a reproducir e incorporar en la propia constitución humana. En la obra de Gonzalo Bosch, este «canto al maquinismo» tendrá su principal protagonismo en las declaraciones de Pascual al inicio del drama, momento idóneo para instalar un marcado contraste con el contexto de huelga general obrera:

Julián: –Muy bien: ante todo quiero saber si usted sigue decidido a no entrar a la huelga.

Pascual: –Eso creo que ya se lo he dicho.

Julián: –¿Y por qué es esa resolución tan firme?

Pascual: –Porque yo no tengo nada que ver con lo que le pasa al vecino... ¡Mi situación es distinta!

Julián: –Eso no: yo le puedo asegurar a usted...

Pascual: –¡No me asegure nada! Yo soy... ¡qué le diré!... una herramienta, una máquina... una fábrica!...⁶

(...)

Pascual: –La República es una gran fábrica que no necesita más que administración y trabajo, y no se puede hacer buena administración con tanta política interna...⁷

⁵ *Ídem*, p. 15.

⁶ *Ídem*, p. 12.

⁷ *Ídem*, p. 13.

La valoración exacerbada del trabajo se encontrará ligada estrictamente al lugar de procedencia, y se propone como uno de los principales parámetros «moralizantes» que atraviesa la obra. Esa será la primera enseñanza que Pascual le transmita a Luis en su instrucción («hay que trabajar mi caro Luigi!... el hombre que no se gana la vida no vale la pena de que viva»);⁸ El segundo nunca aprenderá la lección, dado que, avanzado el drama, vivirá de lo que Catalina y Rosina produzcan con el lavado y planchado de ropa. Asimismo, el final presenta al protagonista recién salido de la cárcel; pese a ser un anciano, se muestra animado y deseoso de ser nuevamente el sostén familiar ante el cuadro de las mujeres trabajando. Este contraste otorga mayor autoridad textual al discurso del inmigrante.

Frente a la vigencia en la realidad argentina de 1919 de una población con un porcentaje alto de obreros extranjeros sindicalizados, la obra opone el modelo de trabajador inmigrante «independiente», reacio a la sindicalización. De este modo, al tiempo que se profundiza la oposición entre extranjero y criollo o nativo, paralelamente se instala un conflicto ideológico en la propia comunidad de los inmigrantes, al enfrentar a Pascual con aquellos que, de igual procedencia que la suya, optan por la sindicalización y la lucha colectiva para la defensa de sus derechos. En tal sentido, el drama de Gonzalo Bosch opera en vías de disolver todo tipo de vínculo solidario entre los trabajadores:

Julián: –Usted sabrá lo que son los jornales... quizá usted a sus obreros les pague lo que ellos necesitan para vivir, pero en la gran fábrica donde se ha iniciado la huelga, me consta que a los obreros se les exprime como a miserables bestias de carga y es allí de donde ha salido la chispa de este movimiento, al que todos deben seguir, lo repito, por la solidaridad gremial.

Pascual: –¿Pero qué tengo que ver yo con eso, ni entrometerme en cosas que a mí no me importan?

Julián: –Por esas deserciones como la suya, es que las causas obreras no progresan nunca... Por eso existen las diferencias de clases... por eso cunden el hambre y la miseria.

Pascual: –¡Ma déjeme de filosofía a mí! En la América no hay hambre: lo que hay aquí es gente que viene de Europa con la creencia de que la plata cae del cielo... y creen también que la opresión que tuvieron allá, donde hay príncipes y pueblo, la tienen aquí, donde un hijo de un obrero puede llegar a ser presidente de la República!...

La inclusión de este arquetipo de trabajador no parece casual, especialmente si consideramos que estos textos, al igual que la mención realizada anteriormente en relación a *La Novela Semanal* y el cuento de Arturo Cancela, circulaban en publicaciones de distribución masiva, cuyo costo no superaba los veinte centavos. El público lector de estos productos culturales eran, en parte, tanto los mismos inmigrantes (ficcionalizados en esas obras), como sus hijos, franja poblacional alfabetizada que irá conformando un segmento social en ascenso. Estas últimas reflexiones de Pascual parecen «llamar» a sus conciudadanos europeos a evitar «confusiones» en la lectura de la realidad. De esta forma, la existencia de inmi-

8 *Ídem*, p. 12.

grantes con experiencia en luchas sindicales se confirma y, simultáneamente, se intenta exorcizar su actividad desde la apuesta a un adoctrinamiento sobre la contracción al trabajo, en términos individuales.

El falso antagonismo extranjero–local atraviesa toda la obra: ya en la imposibilidad de continuidad del matrimonio entre Pascual y Catalina (en el cual la que rompe sus votos es ella, argentina nativa); ya en el discurso mismo de algunos personajes que, en ciertos momentos del drama, arriban a la consigna xenófoba:

Pascual: –No hay más remedio que trabajar y si no podemos aquí, hay muchas leguas de tierra que esperan brazos de trabajadores.

Catalina: –Eso no... no vamos a andar con la *lingera* al hombro como los inmigrantes de tu tierra.⁹

(...)

Catalina (a Julián): – (...) Lo peor que puede pasarle a un italiano es ayuntarse con una criolla.

Luis (a Catalina y Julián): –Es inútil: criollos con criollos y gringos con gringos.¹⁰

Esta última frase podría pensarse como elemento clave de articulación en la obra, a lo que debe agregarse la autoridad que se otorga al discurso del componente inmigrante, específicamente en el personaje de Pascual. La historia «castiga» en términos morales a los oriundos de América que apoyan la huelga obrera, los cuales son construidos en el drama desde pautas que llevarán indefectiblemente al error en sus acciones. Catalina, quien rompe sus votos matrimoniales, finalizará sus días en manos de Luis, un abusador que la maltrata y la explota. No obstante, ambos serán cómplices de la mentira en el arribo de Pascual, y finalmente huirán juntos. Asimismo Emilio, el obrero pretendiente de Rosina, encontrará en el suicidio la solución a la negativa de concretar sus anhelos amorosos.

La obra presenta a Pascual y su hija (en quien él dice ver «el pelito rubio... el sello de mi raza, de mi país!»)¹¹ como los únicos personajes que encuentran una vía de escape superadora. Ambos partirán a Italia: hay que huir del país donde abunda la tierra pero cuya población, producto del mestizaje, se niega a trabajarla e impide que otros lo hagan; hay que volver a la «madre Europa» donde no existen las «miserias morales»:

Pascual (a Rosina): – ¡Miserables! (Violento). ¡Qué asco... qué asco! ¡Cuánta miseria hay en el mundo! (...) ¡Ellos no merecen más que desprecio! Yo contigo, contigo, Rosina, con la única verdad que tengo... ¡Nos iremos lejos, muy lejos, nos iremos a mi tierra!

9 *Ídem*, p. 6.

10 *Ídem*, p. 10.

11 *Ídem*, p. 31.

Rosina: – Sí, papá.

Pascual: – Haremos una vida nueva... (Resuelto). Vamos.

En cuanto al hermano que Pascual dejó baldado en Italia, y al obrero asesinado en la Argentina por reclamar solidaridad con una huelga, parecen ser episodios que quedan enterrados en el olvido, y que de ninguna manera disminuyen la «grandeza moral» de Pascual.

PATRÓN QUE MATA A PEÓN, CIEN AÑOS DE PERDÓN

Al análisis precedente se agrega el hallazgo de una noticia publicada en el diario *La Nación* del 8 de enero de 1919, la que refiere hechos ocurridos el día anterior, y que son de una curiosa similitud con los presentados en el drama de Gonzalo Bosch. La inmediata proximidad temporal en la circulación de ambas (la crónica periodística corresponde al mes de enero y la obra fue estrenada en noviembre de ese año, diez meses más tarde) junto a la referencialidad argumental, habilitan el diálogo intertextual.

Bajo el título general «Agitación Obrera. La huelga de metalúrgicos», el diario *La Nación* presenta pequeñas crónicas que dan cuenta de diversas situaciones urbanas producidas en el marco del conflicto social. A continuación se transcribe el apartado en cuestión titulado «Los herreros»:

Durante la tarde de ayer, numerosas comisiones de obreros de herrería anduvieron recorriendo los negocios del ramo para impedir que se trabajara. Los obreros pedían a los dueños de herrerías que cerraran sus establecimientos, y si alguno se resistía le amenazaban con los palos de que iban provistos. Una de las comisiones, al concurrir a la herrería de la calle Sarmiento 3273, de Manuel Chantada, fue mal recibida por éste, y entonces uno de los huelguistas le aplicó un recio golpe con una mordaza en el cráneo, fugándose luego.¹²

Si analizamos comparativamente la noticia periodística y la obra teatral, advertiremos que en ambos casos se trata de inmigrantes europeos (español e italiano respectivamente). El paralelo continúa en cuanto a la mención de la herrería como espacio de ubicación del conflicto, y la situación de la visita de una comisión obrera al taller. La noticia de *La Nación* especifica que el objetivo de la delegación se concentraba en la consigna arbitraria de «impedir que se trabajara» bajo utilización de amenazas, que asimismo funcionará en el drama de Bosch, pese a que en éste se especifique la solidaridad gremial en tanto motivo de dicha solicitud. Los textos también coincidirán en la mala recepción de la comisión por parte del propietario y la alusión a un golpe en el cráneo mediante el uso de una herramienta específica de ese oficio.

Las diferencias observables en ambos textos establecen si bien no una inversión, sí una variable ideológica. Dos serán los ejes de abordaje cuyo análisis nos permitirá arribar a la anterior conclusión: la aplicación de la

¹² Cfr. *La Nación*, miércoles 8 de enero de 1919, p. 8.

violencia y la fuga. Si *La Nación* denuncia la utilización gratuita de violencia física hacia el patrón en la figura del huelguista; en el drama se alteran estos términos colocando el golpe (esta vez asesino) en manos del patrón, dado que es Pascual quien mata a uno de los obreros. Dicho accionar se justificará ampliamente en el texto desde la autolegitimación moral que propone la voz del protagonista y en las palabras de Rosina:

Catalina: –La desgracia la ha traído el genio de tu padre.

Rosina: –La huelga.

Catalina: –La huelga no... Él debió de ceder y no ponerse en la situación que se puso.

Rosina: –Hizo bien en matar.¹³

El drama pondrá especial énfasis en asentamiento del golpe por parte de Pascual en la cabeza del obrero, al punto de especificar mediante una marca actoral: «Rápido como un rayo toma su martillo, lo enarbola y asenta un golpe en la cabeza al obrero 3º que cae muerto. El martillo será de trapo para que el golpe sea real».¹⁴

El desplazamiento de los ejes observados en el drama de Gonzalo Bosch pareciera trabajar en función de completar el sentido inicial propuesto por *La Nación*: el patrón «ajusticia». Si la forma que encuentra Pascual para matar al huelguista es de un martillazo en el cráneo, de igual modo matará simbólicamente a la huelga sobre el yunque al iniciar la obra.

Pascual: –(Golpeando fuertemente con un martillo en el yunque). ¡La huelga... la huelga! (golpea). ¡Cristo Santo! ¡No se dan cuenta que la huelga trae la miseria y el hambre!

Catalina: –Los huelguistas tienen razón. Ellos piden aumento de jornal, porque la vida es cada día más cara... Vos mirás las cosas como patrón.¹⁵

Si bien esta respuesta que le ofrece Catalina a Pascual legitima la movilización obrera, su accionar y discurso serán impugnados con el final que la obra propone para ella, y que hemos analizado previamente.

Para *La Nación*, la fuga será el artilugio del huelguista luego de golpear al patrón; «La huelga» muestra el sometimiento del patrón a la justicia después de asesinar al obrero. La incondicional confianza depositada por Pascual en el sistema judicial tendrá a su tiempo la retribución del indulto, cuya fórmula será simplemente la subordinación a la norma:

Catalina: –¿Quién te consiguió el indulto?

Pascual: –He sido indultado por mis propios méritos... porque en cinco años no he tenido una sola falta... Era el buey, que se le pone el yugo sobre la cabeza y que tiene que marchar derecho.¹⁶

13 Cfr. Bosch, Gonzalo, *op. cit.*, p. 20.

14 *Ídem*, p. 19.

15 *Ídem*, p. 5.

16 *Ídem*, p. 28.

El énfasis puesto en la adquisición del indulto por méritos propios ofrece un marcado contraste en el interior del texto con las libertades que Luis y su amigo Tano obtienen bajo «tramitaciones» para sus compañeros, vinculadas desde su enunciación con manejos poco transparentes y «amiguismos» políticos, de lo cual se desprende la pregunta de Catalina.

Obreros asesinos para *La Nación*, obreros asesinados para Bosch. Para ambos, la huelga es la causa de la miseria que debe ser aniquilada en la figura de los trabajadores quienes, asimismo, van a cargar connotaciones que refieren a la vagancia y la falta de voluntad para el trabajo (¿acaso se trataría de «vagos y mal entretenidos?»). Podemos arriesgar que la obra, además de inscribir una bifurcación en los postulados del diario de Mitre, los completa, los lleva al límite más terrible. El desplazamiento de la violencia depositada en las manos del patrón, que a su vez es sostenido por un sistema judicial que lo indulta, conformará la variable que propone el drama de Gonzalo Bosch a la noticia del diario *La Nación*; en uso de una operación que afirma los valores de los sectores dominantes. «La huelga» opera desde el título y en su propuesta en tanto conformación de aquello que se nombra únicamente para ser suprimido.

A modo de conclusión

El presente estudio se propuso articular la serie conformada por las obras analizadas, los procedimientos literarios, estructuras y reconstrucciones históricas que develarían los diversos posicionamientos e inscripciones de los autores. El cruce intertextual del corpus intenta también posibilitar la organización de esta serie, e incluso la de los sentidos construidos en los distintos procesos de ficcionalización, que resultarán en algunos casos afines a estéticas de posiciones encontradas; e incluso próximas en otros.

La tensión ideológica presente en las figuraciones analizadas podrían orientar la lectura de las instancias genéricas como puntos de partida que perfilan distintos alcances, diversidad de públicos y objetivos estéticos y políticos específicos. Finalmente, desde nuestra investigación nos propusimos visualizar la inscripción institucional de estos escritores cuyas páginas confluyen en el armado de una red de textualidades, sostenida en la trama de un conflicto de hegemonías e intereses contrapuestos: el cronista y su filiación partidaria de izquierda, el cuentista liberal, colaborador de *La Nación*, y el dramaturgo con formación y experiencia académica. De haber logrado los objetivos que nos planteamos en este trabajo, los personajes del militante confinado y torturado que denuncia el aparato represivo desde una puesta en escritura, el «niño bien» que sale a divertirse en medio del conflicto, y el patrón de modestos orígenes que deviene antihuelguista permiten, en el marco de la Semana Trágica, una lectura a contrapunto de tres arquetipos epocales. Crónicas y ficciones, escritores y personajes conforman de esta manera apenas un fragmento del entramado textual que dio cuenta de un episodio clave en la historia de las luchas obreras en la República Argentina.

Anexo

Dos versiones de los hechos

LA NACIÓN

La Nación, 4 de enero de 1919:

POLICIA

LA HUELGA EN LO DE VASENA

Trescientos tiros de revólver

DOS PERSONAS HERIDAS

En las primeras horas de anoche, en jurisdicción de la comisaría 34, se produjo un hecho grave en el que intervinieron numerosos obreros.

En circunstancias en que cruzaban por la esquina de Santo Domingo y Avenida Alcorta 12 chatas de los talleres metalúrgicos de Vasena, cuidadas por agentes de caballería, numerosos huelguistas que estaban ocultos en distintos sitios, iniciaron un tiroteo contra los conductores de aquéllas.

Los carreros contestaron la agresión en igual forma, cambiándose, según se informa en la sección 34, cerca de 300 balazos.

A la circunstancia de hallarse los huelguistas a larga distancia y ocultos en su mayoría, debe atribuirse el que no haya habido muchos heridos.

La policía reforzada con agentes que llegaron atraídos por las numerosas detonaciones, puso fin a la batalla campal corriendo a los huelguistas.

Según se informa ninguno de los agentes hizo fuego.

Poco después, cuando se restableció la calma, pudo comprobarse que una bala había herido a la mujer Flora Santos en la pierna izquierda.

Esa mujer fue herida por casualidad pues era ajena en absoluto al hecho.

En la esquina de Río Cuarto y Pepirí fué encontrado también herido de dos balazos, uno en el abdomen y otro en el brazo izquierdo, Juan Balestrassi, que, según dice, recibió las lesiones durante el tiroteo.

La comisaría de la sección 34, que hizo atender a las víctimas con la asistencia pública, inició el sumario respectivo, dando aviso al juez de instrucción en turno.» (p. 5)

La Nación, 5 de enero de 1919:

POLICIA

La huelga de metalúrgicos

Nuevos atentados

Como los días anteriores, los obreros metalúrgicos en huelga de los talleres de Vasena, cometieron ayer varios desmanes, levantando el adoquinado en algunas calles próximas a los talleres, cortando los hilos telefónicos, etc. Se les atribuye, también, el haber obstruccionado algunos caños del agua corriente, daños que fueron pronto reparados.

Por la tarde, a eso de las 3.19, los huelguistas resolvieron llevar un ataque a las chatas que se dirigían a los talleres, hecho que ocurrió en la esquina Avenida Alcorta y Pepirí.

Al pasar por ahí varios vehículos custodiados por agentes de caballería, numerosos obreros en huelga iniciaron un nutrido tiroteo contra los conductores.

Ninguno de éstos resultó herido; pero el cabo del escuadrón, Vicente Chaves, recibió dos proyectiles, en el pecho y en el antebrazo izquierdo, siendo las heridas de relativa gravedad.

Han sido detenidos en indagación de ese hecho seis huelguistas. Al cabo se le condujo al hospital Rawson.

En la esquina Zavaleta y Aconquija, los huelguistas hicieron fuego también contra una chata-automóvil de la casa Vasena, sin causar, felizmente, ninguna víctima.» (p. 5)

La Nación, 8 de enero de 1919:

AGITACIÓN OBRERA

LA HUELGA DE METALÚRGICOS

EL CHOQUE SANGRIENTO DE AYER

Cuatro muertos y veinte heridos

En el desarrollo del movimiento huelguista de los obreros de la casa Vasena se ha producido en la tarde de ayer una nota trágica. La policía, los obreros huelguistas y los no huelguistas han hecho fuego con mausers, wichesters y revólveres durante media hora. Dominada la situación por la policía, se comprobó el doloroso resultado: cuatro ciudadanos muertos y más de veinte heridos, algunos de éstos muy graves.

El terreno de la acción

El choque se efectuó en un paraje apartado, desde donde todas las comunicaciones con el centro de la ciudad son difíciles. El bombero que pidió refuerzos al cuartel central y transmitió el primer aviso de lo que sucedía tuvo que recorrer tres cuadras hasta llegar a una casa donde hay teléfono. La asistencia pública, por su parte, no pudo prestar con oportunidad auxilio, debido también a esta circunstancia; además, las personas que iban en las ambulancias expusieron sus vidas al atravesar un extenso paraje despoblado por el que cruzaban en todo sentido los proyectiles.

La acción se inició en la esquina de la avenida Alcorta y calle Pepirí, en las cercanías del Puente Alsina y nueva Pompeya, en jurisdicción de la comisaría 34. Es un barrio obrero, de escasa edificación y extensos terrenos baldíos, con grandes fábricas en los alrededores. Barrio triste y esquivo, hacia él convergen todos los miasmas pestilentes de los frigoríficos próximos, y cuyo ambiente pegajoso se halla permanentemente saturado con la densa humareda de la quema de basuras.

En este barrio tiene la casa Vasena (Compañía argentina de hierros y aceros) grandes talleres y depósitos, que deben estar en comunicación constante con el establecimiento que la misma empresa posee en la calle Cochabamba.

La esquina de la Avenida Alcorta y calle Pepirí es el paso obligado de los carros que van desde esta última casa a los grandes talleres de la esquina de Santo Domingo y Pepirí.

El destacamento policial

Días pasados la autoridad policial tuvo noticia de que los obreros en huelga habían intentado romper, en la esquina de la avenida Alcorta y Pepirí, el caño que provee

de agua corriente a los talleres Vasena, y de que se habían cortado, además, los hilos telefónicos en un paraje próximo.

A fin de evitar nuevos desmanes de esta naturaleza, la jefatura de policía dispuso que en dicha esquina, donde funciona la escuela número 7 del consejo escolar XIX, acamparan 10 agentes de la guardia de seguridad de caballería al mando de un oficial y un destacamento de 30 bomberos armados a máuser, a las órdenes del capitán Cafferata.

La casa Vasena, por su parte, cuidaba sus talleres con obreros adictos y armados.

El recorrido de los carros

Ayer aproximadamente a las 2 de la tarde, un convoy formado por seis chatas salió de la barraca de la calle Santo Domingo para dirigirse a los talleres de la calle Cochabamba.

Los vehículos que llevaban alrededor de 2000 kilos de materiales cada uno –alambres de los que se fabrican en la barraca– llegaron sin novedades hasta la casa central, donde descargaron la mercadería y emprendieron su regreso a la barraca siguiendo el camino habitual, por Monteagudo, Avenida Alcorta y Pepirí.

Durante los últimos días se han producido en este trayecto incidentes diversos, algunos de ellos sangrientos, entre los obreros huelguistas y los que trabajan en los carros.

El incidente de ayer asumió las proporciones de una pequeña batalla campal.

El tiroteo

Al penetrar en el barrio obrero, los peones que iban en los carros del convoy, eran a cada momento interpelados por los huelguistas. Hombres, mujeres y niños los seguían a pocos metros de distancia, los incitaban a abandonar el trabajo y les gritaban ¡carneros!

Los huelguistas siguieron así hasta que los carros pasaron frente al destacamento policial; pero a medida que éstos se iban alejando del destacamento y aproximándose a los talleres, crecía la indignación de los obreros.

Según la versión policial, cuando el último carro de convoy estaba como a 30 metros del destacamento, los huelguistas arrojaron numerosas piedras.

Intervino en estas circunstancias la fuerza de caballería para alejar los grupos de huelguistas. Sonó en ese momento un tiro, que no se sabe de dónde partió, y acto continuo se inició el tiroteo general. Eran las 4.25 de la tarde.

Según nos lo ha manifestado el capitán Cafferata, con quien hablamos en el sitio del hecho momentos después de haber terminado el combate, el fuego que se hacía contra la tropa era tan recio y desde tan corta distancia, que para defender la vida de sus hombres les mandó echar cuerpo a tierra y contestar al fuego.

Dice el mismo capitán que desde los terrenos baldíos y las casas próximas siguió largo rato el fuego contra las tropas policiales. Más de media hora duró el tiroteo.

Los muertos

Juan Fiorini, argentino, 18 años, soltero, fue muerto mientras estaba tomando mate en su domicilio Elías 1155 de un balazo en la región pectoral. Toribio Barrios, español, de 50 años, recolector de basuras, domiciliado Ambato 3186, muerto en las avenida Alcorta frente al número 3139 de varios balazos en el cráneo. Santiago Gómez, argentino, 32 años, soltero, recolector de basuras, domiciliado Cachí 325, de un balazo en el temporal derecho, mientras se hallaba en la fonda avenida Alcorta 3521, de Lázaro Alberto Miguel Britos, a consecuencia también de heridas de balas.

Los cadáveres, a excepción del de Fiorini, que la familia se negó a entregar, fueron remitidos a la Morgue donde los médicos forenses de turno les practicarán la autopsia.

La policía ha solicitado del juez de instrucción, doctor de Oro, una orden de allanamiento para incautarse este cadáver y remitirlo a la Morgue.

Los heridos

Resultaron heridos de bala:

Gabina Díaz, argentina, 10 años, domiciliada Luna 251, en el pie izquierdo; Irene Urso, italiana, 33 años, *Elías (...), en el pie izquierdo; Humberto Pérez, argentino, 23 años, General Roca y Centenario, en el muslo izquierdo; Pedro Velardi, italiano, 29 años, Liniers 1455, fractura del brazo derecho y heridas en la mano izquierda y en la cabeza; Miguel Ada, turco, 19 años, Pepirí 1143, maxilar inferior derecho; Segundo Rodice, italiano, 54 años, Pepirí 1131, en la región inguinal, lado izquierdo; José Ladota, italiano, 65 años, en la región axilar; José Salgueiro, argentino, 19 años, Aconquija 3530, en la región glútea, lado izquierdo; Cecilio Arce, argentino, 48 años, Atuel 790, en el hombro derecho; Eduardo Basualdo, argentino, 46 años, Ambato y Salí; Martín Brea, español, 48 años, Laprida 3480, fractura brazo derecho, y tres heridas en el pie del mismo lado; José Santos, portugués, 13 años, avenida Alcorta 3417.*

El teniente Alejandro Sosa, de la guardia nacional de caballería, resultó herido de un puntazo en el séptimo espacio intercostal izquierdo; el cadete Eduardo Pletra con una contusión en el codo izquierdo y los guardias Nerio Bejarano y Rogelio Osa sufrieron el primero un mordisco en el meñique izquierdo y una contusión en la frente el último.

El estado de varios de los heridos de bala, especialmente el de Ada, es grave.

De los demás heridos, que se retiraron a sus domicilios sin esperar los auxilios de la asistencia pública, no se ha logrado averiguar sus nombres hasta esta madrugada.

Los herreros

Durante la tarde de ayer numerosas comisiones de obreros de herrería anduvieron recorriendo los negocios del ramo para impedir que se trabajara.

Los obreros pedían a los dueños de la herrería que cerraran sus establecimientos, y si alguno se resistía le amenazaban con los palos de que iban provistos.

Una de las comisiones, al concurrir a la herrería de la calle Sarmiento 3973 de Manuel Chantada, fue mal recibida por éste, y entonces uno de los huelguistas le aplicó un recio golpe con una mordaza en el cráneo, fugándose luego.

Gestiones de arreglo

Anoche, por indicación del ministro del interior, el presidente del departamento nacional del trabajo (...), consiguieron que se produjera una conferencia entre un representante de la casa Vasena y una delegación de huelguistas.

La entrevista tuvo lugar anoche en el departamento central de policía, y terminó cerca de la 1 de la mañana.

Don Alfredo Vasena, que concurrió en representación de la empresa, prometió un aumento del 12 por ciento en los sueldos, que importa 28.000, y la admisión de todos los obreros, sin ejercer en lo venidero represalia alguna.

Para la discusión de los demás puntos del pliego de condiciones, la comisión de la huelga y el Sr. Vasena se reunirán en la fábrica, hoy a las 10 de la mañana.

El sumario

Inmediatamente después de tener la primera noticia del tiroteo, se trasladaron al lugar del hecho el comisario inspector D. José Vieyra y el subcomisario Abelleyra que está a cargo de la sección 34.

El Sr. Vieyra tomó el mando superior de las fuerzas policiales y adoptó diversas medidas tendientes a evitar que, a favor de la excitación creciente de los obreros, se repitiera la tremenda escena de sangre.

El subcomisario Abelleyra inició el sumario de práctica, previo aviso al juez de instrucción Dr. de Oro.

La comisaría 34 ha detenido, en indagación del suceso, a cuatro personas que están rigurosamente incomunicadas (p. 8)

La Nación, 14 de enero de 1919:

LA AGITACIÓN ÁCRATA EN LA CAPITAL Y EN EL INTERIOR
EL DÍA DE AYER EN LA CIUDAD – SE ACENTÚA LA CALMA
RESTABLECIMIENTO PARCIAL DE LOS SERVICIOS DE TRANVÍAS
ARREGLO DEL CONFLICTO CON LA COMPAÑÍA VASENA
INTENSA AGITACIÓN OBRERA EN ROSARIO
AL MARGEN DE LOS SUCESOS

Una confusión lamentable

Se nos dice que algunos caballeros se han dedicado a un deporte que pudiéramos llamar «la caza del ruso». Parece que estos señores cazadores tienen del ruso en general un concepto digno de autor de folletines; el verdadero ruso, el legítimo, el indiscutible, el que constituye una buena presa para aquellos, ha de ser necesariamente Ácrata, temible hombre de acción, de aspecto humilde y ánimo protervo, algo conocedor de la química, y si se presenta envuelto en una hopalanda, con cuello de pieles, tanto mejor.

Pero el fenómeno es, precisamente, el contrario. Sin duda, entre la colectividad rusa hay ácratas y revolucionarios y fácil sería explicárselo por la opresión secular en que esa gente ha vivido; pero la enorme mayoría es gente buena, modesta y benéfica que vino a la Argentina huyendo las matanzas de ese doble fanatismo que no hace mucho ensangrentó a su país natal. El caso de los judíos rusos, tan abundantes entre nosotros, no tiene otro origen que el que dejamos apuntado y no estaría bien ni sería lógico que quienes huyeron de la violencia nefasta se la encontrasen aquí. (...)

A la policía le sobran medios para individualizar y capturar delincuentes sin necesidad de que nadie se anticipe en una exaltación, quizás y sin quizás, bien intencionada, pero errónea. Nuestro país está abierto, con las naturales limitaciones, a todos los hombres, y si se persigue a los malos, no hay razón para que con éstos se confunda a los buenos.

Que se analice el torrente inmigratorio, que las leyes de defensa social sean eficientes por cómo se cumplen, nos parece muy bien, pero que no se llegue al ataque contra toda una colectividad en la cual si hay delincuentes, deben ser buscados por la policía.

Como colectividad los rusos deben sernos tan respetables como cualquiera; que los casos particulares queden librados a la policía y a los jueces, pero Buenos Aires, en

cumplimiento de su misión histórica, no puede hacer esta cuestión de xenofobia, impropia siempre dentro de la cultura moderna y más todavía en nuestro país.

El 'gobierno' maximalista

Los supuestos jefes del movimiento maximalista continúan detenidos en el departamento central de policía, el «dictador» Pedro Wald, en el cuartel de bomberos, y Juan Seleahik «jefe de policía» y Sergio Suslow, «secretario general», en investigaciones.

Entrevista con Suslow

En el departamento central de policía pudimos conversar ayer tarde breves instantes con Sergio Suslow, presunto secretario general del llamado soviét central de la república. Se trata de un hombre joven, que representa alrededor de 26 años, que tiene buen aspecto y que parece poseer no escasa inteligencia. Habla el español un poco, encontrando a menudo dificultad para expresarse en ese idioma.

– No tengo -afirmó contestando a nuestra pregunta- la menor participación en ningún movimiento maximalista. Ignoraba por completo todo lo relativo a las actividades de los soviets en Buenos Aires y jamás he tenido nada que ver con ninguna organización de esa especie.

Luego agregó que la falta absoluta de noticias directas procedentes de Rusia habría hecho imposible para él el conocimiento de todo lo relativo a las ideas de Lenin y Trotski.

– ¿Cuándo abandonó usted su país?– le argumentamos.

– En 1913. En aquella época los nombres de Lenin y Trotski eran desconocidos para todo el mundo. Si después he tenido conocimiento de ellos ha sido por las informaciones telegráficas referentes a lo que ocurría en Rusia.

– Entonces, ¿cómo se explica la acusación sobre usted?

– No lo sé. Repito que nada tengo que ver con el movimiento maximalista. Nací y me eduqué en Rusia. No soy ni he sido secretario de ninguna organización maximalista. Fui, sí, secretario de una organización obrera formada por rusos, y que contaba con 10 miembros, pero nuestra sociedad no tenía más fin, como muchas otras, que trabajar por la obtención de mejoras en las condiciones de trabajo y en los salarios. Jamás pensamos en darle el menor carácter político.

– ¿Conocía usted a Wald?

– Sí. Su verdadero nombre es Valecosky, pero puedo asegurar que no es un agitador maximalista.

– ¿En dónde lo arrestaron a usted?

– La policía me arrestó a mí y a otros miembros de nuestra sociedad en mi fábrica de sillas, en la calle Tucumán a la altura del 3100, y no podemos quejarnos de la forma en que nos trataron. Ninguno de nosotros fue maltratado al procederse a nuestro arresto.

Como le preguntásemos luego si conocía algunos ciudadanos rusos que hubiesen llegado al país desde que estalló la guerra, nos contestó que no, con excepción de dos, venidos después de firmarse el armisticio. –Y esos dos – añadió – hallaron aquí un recibimiento tan frío en los centros que ostensiblemente visitaron, que al poco tiempo decidieron abandonar el país, marchándose uno a Chile y el otro a los Estados Unidos. (p. 8)

LA VANGUARDIA

La Vanguardia, 1 de enero de 1919:

MOVIMIENTO GREMIAL

Los metalúrgicos

Huelga en la casa Vasena

Sigue con el mismo entusiasmo la huelga en este establecimiento. En la asamblea celebrada ayer tomó parte un delegado de obreros del puerto (sección diques y dársenas) ofreciendo el apoyo de este sindicato para hacer triunfar a los obreros en huelga. (p.3)

La Vanguardia, 14 de enero de 1919:

TERMINADA LA HUELGA GENERAL, CONTINÚA EL TERROR BLANCO

Balance trágico: 700 muertos y 2000 heridos por los defensores del 'orden'

La novela policial sobre el soviet maximalista

El industrial Vasena firma el arreglo con sus obreros

Gestiones del C.E.*

En conocimiento de que habían sido detenidos algunos afiliados del Partido, el C.E. inició de inmediato gestiones para obtener que recobran la libertad. Algunos de ellos la obtuvieron ayer mismo y otros la obtendrán hoy. El concejal Spinetto se entrevistó anoche con la novia del ciudadano Wald, la que le manifestó que no había sido maltratado, salvo algunas groserías de palabra.

Según se nos informa, los miembros del pretendido 'soviet' serán libertados hoy o mañana, dado que no existe prueba alguna de manejos terroristas.

Cuando la policía desvirtúa sus mismas patrañas... (p. 1)

La Vanguardia, 14 de enero de 1919

EL PRETENDIDO PLAN SUBVERSIVO Y EL SUPUESTO DICTADOR MAXIMALISTA – Quién es el ciudadano Pedro Wald.

No hemos prestado gran crédito a las supercherías que se ha hecho circular en estos días sobre una pretendida revolución «maximalista», y este diario, desde el comienzo de la agitación actual, ha querido poner al pueblo en guardia contra versiones que propalan los interesados en sembrar el terror.

La prensa de ayer ha difundido la noticia de que la policía se ha incautado de los dirigentes del movimiento revolucionario, y con lujo de detalles se ha presentado a la población sobreexcitada la nómina de las supuestas 'autoridades de la república federal de los soviets americanos'.

En la forma más terminante protestamos por la falta de seriedad de los diarios que se prestan a publicar semejantes novelas, sin visos de verosimilitud; que ilustran sus ediciones con fotografías de «dictadores» y «ministros» maximalistas, y reportajes a los mismos, y que ayudan a los impostores a convencer al pueblo de la

* Refiere al Comité Ejecutivo del Partido Socialista

verdad de la conjuración, apoyándola en noticias sospechosas y por lo demás inocuas, procedentes de Montevideo.

Debemos censurar con más vigor la conducta de las autoridades policiales, que han urdido el plan de atemorización a base de falsas noticias y que no trepidan en publicar acusaciones que en su hora veremos cómo se consigue probar.

Pedro Wald, según los datos de la prensa oficiosa, sería el presunto futuro dictador maximalista, y Pedro Wald no ha soñado en adjudicarse semejante puesto en los treinta y dos años que lleva vividos.

Tenemos datos de la mejor fuente sobre la vida, las costumbres, las ideas y los actos del ciudadano Wald, que aseguran el éxito de su defensa contra la acusación de que ha sido objeto. Wald es conocido en nuestro Partido, y la noticia de su prisión injustificada llevó al Comité Ejecutivo y trajo a este diario a varios afiliados socialistas, compañeros y amigos del presunto dictador.

Un ciudadano que diariamente se veía con Wald, persona de toda nuestra confianza, afiliado al Partido desde 1908, ha confirmado los datos que poseíamos respecto de Pedro Wald.

Wald es israelita, oriundo de Polonia rusa, y hace trece años que vive y trabaja en el país, habiendo obtenido carta de ciudadanía argentina en 1917.

Obrero inteligente y serio, Wald militó siempre en las filas socialistas y contribuyó en la medida de sus fuerzas a difundir en la clase trabajadora las ideas y las prácticas políticas sociales más susceptibles de elevar el nivel colectivo de su pueblo. En Rusia formó parte del «Bund» israelita, y allá por 1906, al poco tiempo de estar en el país, fundó con unos compañeros una biblioteca rusa, que funcionaba en la calle La Paz. Como una contradicción del pretendido «maximalismo» de Wald, es de notar que el «Bund» ha jugado en Rusia un papel «minimalista», como tantas otras fuerzas de la social democracia de ese país.

Wald fue organizador obrero eficaz y un propagandista perseverante. Fue uno de los fundadores de la asociación «Avangard», que han asaltado las huestes de la policía, y cuya misión consiste en difundir las ideas socialistas entre los trabajadores israelitas que no hablan castellano. Con la misma razón que se persigue a los militantes del centro «Avangard» ha podido perseguirse a los afiliados socialistas, pues los compañeros del «Avangard» no tienen con nosotros puntos de vista distintos en ninguna cuestión fundamental. El periódico «Avangard», órgano de los compañeros judíos, que dirige el ciudadano Wald, es socialista, antisionista y anarquista.

¿Será el antianarquismo de Wald lo que lo hace sospechoso ante los ojos de la policía, o su detención obedecerá a su actitud en las últimas elecciones, donde cooperó en forma eficaz al triunfo socialista? Wald se opuso a que el grupo judío prestara su apoyo a los «internacionales», sosteniendo que el puesto de todos los trabajadores estaba en nuestras filas.

No abandonaremos al compañero perseguido por las fuerzas de la reacción desatada, ni permitiremos que se cebe en él el odio policial, que necesita echar sobre alguien la responsabilidad de sus desaciertos criminales. El humilde obrero que, solo y sin familia, vivió durante años de su profesión de hojalatero, y que hoy sobrevive a sus modestas necesidades con el sueldo que obtiene como redactor del periódico judío *Die Presse*, órgano progresista de la colonia israelita, no ha fraguado ningún plan subversivo, ni quiere ser dictador en ninguna parte.

Miguel Pizza, de la firma Haupt y Pizza, donde Wald trabajó durante años, podrá dar a la policía datos del presunto terrorista, que ponen en evidencia lo burda que resulta la supuesta conjuración que había de realizarse para llevar al poder a nuestro silencioso compañero.

No conocemos a los pretendidos «ministros» del gobierno maximalista, pero por lo que sabemos del 'presidente' podemos juzgar de la verdad de toda la novela inventada por la policía y difundida por la prensa inconscientemente.

Llamamos sobre los hechos producidos la atención de la opinión sensata del país; protestamos por la alharaca encaminada a justificar la tiranía policial, y denunciaremos la detención injustificada de los ciudadanos rusos, hecha sin ton ni son, como la de nuestro amigo Wald –al transitar, con un compañero, sin más arma que un artículo para su diario, por Corrientes y Pueyrredón– como actos de barbarie, que es necesario hacer cesar.

El doctor Federico Pinedo (hijo), se hará cargo de la defensa del acusado Pedro Wald. (p.1)

La Vanguardia, 15 de enero de 1919:

La historia del «complot maximalista»

Publicamos a continuación la carta que nos envía el director del diario *Di Presse*, órgano de la colectividad israelita, en la que se desmiente en forma terminante la burda acusación lanzada contra el ciudadano Wald, al que la policía ha pretendido complicar en el llamado complot maximalista. He aquí la carta en cuestión.

«Buenos Aires, enero 14 de 1919-

«Señor director de *La Vanguardia*

«Muy señor nuestro: En vista del error en que han incurrido las autoridades policiales de esta capital, deteniendo al señor Pedro Wald, a quien se atribuye propósitos y móviles maximalistas, rogámosle quiera tener a bien publicar en el diario de su digna dirección lo siguiente:

«El señor Pedro Wald es persona honrada y pacífica, y forma parte del personal de la redacción de nuestro diario desde hace mucho tiempo. Durante estos últimos tiempos, el señor Wald tuvo oportunidad de expresar sus ideas en este diario sobre los distintos aspectos del actual movimiento social en los países europeos, demostrando en todos sus escritos ideas contrarias al maximalismo.

«Además nos consta que el señor Wald es afiliado al partido socialista de ésta, siendo director de la revista israelita de esa filiación, *El Avangard*, en cuyas páginas ha sostenido ideas socialistas, que por cierto distan mucho del maximalismo.

«Consideramos, en consecuencia, un deber de nuestra parte hacer públicas esas circunstancias, al mismo tiempo que declaramos que la conducta del señor Wald le hace acreedor a nuestra confianza y estimación, y estamos convencidos de que sólo una confusión lamentable ha podido determinar el atentado de que fue víctima.

«Agradecemosle y le saludamos atentamente – A. Kantz.»

Ayer por la mañana, el doctor Federico Pinedo (hijo) estuvo en el departamento de policía, donde solicitó permiso para visitar a Pedro Wald, que se halla detenido en el cuerpo de bomberos, acusado, como se sabe, del complot maximalista.

Wald ha sido puesto en una celda con todo el supuesto estado mayor maximalista. Tanto él como sus compañeros de celda han sido brutalmente golpeados por la policía en el mismo departamento después de efectuada la detención.

En la entrevista celebrada, Wald reiteró al doctor Pinedo sus anteriores declaraciones en el sentido de que él nada tiene que hacer con los fantásticos planes de un complot revolucionario, agregando que su única actividad militante la ha desarrollado en el

Partido Socialista. Por ello manifestó que le agradecería que el Partido se hiciera cargo de su defensa, estando seguro de que recobraría de inmediato su libertad. (p.3)

La Vanguardia, 15 de enero de 1919:

MAXIMALISMO RADICAL

Los procedimientos políticos de los actuales gobernantes tienen demasiados rasgos de similitud con los que se atribuyen a nuestros pretendidos maximalistas.

Los asaltos a las comisarías, por ejemplo ¿no son de pura invención radical? Algún gobernador de la «causa» ¿no se cubrió de gloria asaltando bancos?

Hay más, y más fresco: los diarios más importantes anunciaron hace poco que un comité maximalista apoyaba en Salta la candidatura radical del doctor Joaquín Castellanos, hoy gobernador de dicha provincia. (p. 3)

La Vanguardia, 16 de enero de 1919:

TÉRMINO DEFINITIVO DE LA HUELGA GENERAL

Se va conociendo los detalles de la criminal farsa del gobierno

Disposiciones del jefe de policía

Apertura de todos los locales obreros – 832 presos en libertad

EL COMLOT MAXIMALISTA

RECURSO DE HABEAS CORPUS A FAVOR DE PEDRO WALD

Con la firma de los doctores Pinedo y Maturana se presentó ayer recurso de «habeas corpus» ante el juzgado federal de feria, doctor Escobar, a favor de Pedro Wald.

Los defensores del acusado de «dictador maximalista», pusieron en evidencia lo ridículo que resulta dar crédito a las versiones policiales sobre pretendidos complots revolucionarios y lo injustificado de una detención prolongada cinco días, por simple resolución de la policía, sin intervención judicial: pidieron en consecuencia que el juzgado inquiriera de las autoridades que detienen a Wald el motivo de la detención y recabara la entrega del acusado decretándose su inmediata libertad en caso de no haber motivo para la formación de causa.

El juzgado, procediendo con una celeridad encomiable, hizo lugar a lo pedido por nuestros compañeros, e inmediatamente se notificó al jefe de policía la orden de presentar al detenido en el término de tres horas. A las tres horas y diez minutos llegaba al palacio de justicia el ciudadano Wald, y el doctor Escobar dictaba un auto poniendo el detenido a disposición del juzgado.

Esta tarde a las 3 se le tomará declaración indagatoria y posiblemente quedará desvirtuada toda la novela del «soviet» de Buenos Aires.

De todas maneras ya quedaba ustraído a la arbitrariedad de la policía el ciudadano Wald, y no podrá repetirse con él las hazañas de los valientes del departamento, cuyos efectos habrá apreciado el juez Escobar, y nosotros hemos comprobado con gran indignación.

La ciudadana Rosa Weinstein que fue detenida conjuntamente con Wald cuando ambos transitaban el día jueves por la calle Corrientes, fue puesta en libertad, falta la policía de toda razón para mantenerla detenida, lo que es un indicio bien claro de que la prisión de Wald no podrá durar mucho tiempo. (p. 1)

La Vanguardia, 16 de enero de 1919:

POR TENER MUCHOS LIBROS

Junto con Pedro Wald fue también tomada su novia. Esta señorita estaba presa hacía tres días. Una persona intercedió por ella. El general Dellepiane la llamó a su presencia, junto con el comisario de la sección donde fue aprisionada y el vigilante que la aprisionó.

Interrogada la señorita Weinstein por qué estaba presa, manifestó que lo ignoraba en absoluto. Entonces el general Dellepiane preguntó al vigilante por qué la llevó presa. Este contestó que por orden del comisario. Preguntado el comisario qué motivos tenía para ordenar la prisión de la novia del «futuro presidente de la república de los soviets argentinos» manifestó que por haber encontrado muchos libros en su pieza!

Ya saben los estudiosos de Buenos Aires: es muy peligroso tener muchos libros en sus habitaciones, porque los comisarios de policía consideran tal cosa como un delito muy grave... (pp. 1-2)

La Vanguardia, 17 de enero de 1919:

EL PROCESO A WALD

Un supuesto complot revolucionario que se convierte para la policía en un simple desorden y portación de armas

Ayer por la tarde tuvo lugar la audiencia que se de práctica en la tramitación de los recursos de «habeas corpus». En ese acto, después de tomarse declaración indagatoria al detenido, se le hizo conocer recién la causa de su detención, y en medio del general asombro, cuando se esperaba la terrible acusación policial, se le dijo que había sido detenido por ¡portación de armas!

El fiscal pidió que, en mérito de ese informe policial, no se hiciera lugar al recurso de «habeas corpus», pero el doctor Pinedo hizo notar lo absurdo que resultaba prestar crédito a la afirmación de la policía cuando ésta sólo había pensado en la infracción de portación de armas en el momento en que el juez requirió la remisión del detenido.

Dijo Pinedo que con el sistema preconizado por el procurador fiscal, los recursos de «habeas corpus» se harán ineficaces, por cuanto dependería de un simple capricho policial mantener privado de libertad a un ciudadano por un término de 3 días.

Por la inverosimilitud de la infracción que se atribuye al procesado, y la evidente intención de eludir con un pretexto fútil el auto de «habeas corpus» -concluyó Pinedo- el juzgado, prescindiendo de toda cuestión de competencia, debe decretar la inmediata libertad del detenido, admitiendo, en último caso, la consignación del importe de la multa por la simple infracción atribuida.

El juez doctor Escobar no hizo lugar al recurso, habiendo sido apelado al auto, por lo cual la cámara de apelaciones, que ha sido convocada con urgencia, tendrá que pronunciarse sobre el recurso, previo informe «in voce» del defensor, que tendrá lugar hoy, a las 9:30 de la mañana.

De todas maneras, con el informe policial ya queda desvirtuada toda novela del complot maximalista y puesta de manifiesto la falta de seriedad de la repartición que inventó la especie y la dio a la circulación sin el más mínimo escrúpulo, para los fines que son del dominio público.» (p. 1)

La Vanguardia, 19 de enero de 1919:

COMITÉ EJECUTIVO

La detención de Pedro Wald

Rechazado el recurso de «habeas corpus» interpuesto a favor de Pedro Wald, por haber informado la policía que éste estaba detenido a la orden de la jefatura por portación de armas, su defensor compareció en el día de anteayer al departamento a gestionar su libertad mediante la consignación del importe de la multa que corresponde como pena máxima por las infracciones imputadas al detenido.

El doctor Pinedo, acompañado del doctor Maturana, a los efectos expresados, solicitó audiencia del jefe de policía y habiéndole informado el secretario privado que el señor Elpidio González estaba en la presidencia «dedicada al estudio de cuestiones obreras» resolvió entrevistarse con el comisario Laguarda. Ambos funcionarios manifestaron que no podían tomar resolución alguna sin la presencia del jefe, pero que éste llegaría en la tarde y que podían anticipar que el detenido sería puesto en libertad sin exigírsele el pago de la multa. El señor Denovi, con frases suaves y gestos amistosos, aseguró que el jefe de policía -que estaría de regreso a las 7:30- pondría a Wald en libertad por su acostumbrada «magnanimidad».

Por la promesa de los funcionarios nombrados, los doctores Pinedo y Maturana se trasladaron al juzgado federal a fin de que Wald fuera puesto de inmediato a disposición del jefe de policía para que pudiera recobrar en el día su libertad. Al regresar al departamento a la hora que se les había señalado, un comisario, que dijo ser Valiente, les impidió la entrada en forma bastante descomedida. Sólo por la intervención del diputado Bravo, cerca del comisario Laguarda pudieron los letrados mencionados volver al despacho del jefe de policía a esperar su regreso, pero a las 9 de la noche un oficial les comunicó que el señor González no volvería.

Ayer por la mañana el doctor Pinedo se constituyó nuevamente en la jefatura a la espera del señor González; y por ausencia de éste, fue atendido por el señor Denovi, quien ratificó sus afirmaciones de la víspera. Cuando el jefe de policía llegó, no obstante las manifestaciones de los señores Laguarda y Denovi y las promesas de «magnanimidad», se hizo saber al doctor Pinedo que, como favor especial, el señor jefe, habría resuelto «aceptar el pago de la multa» por la infracción atribuida a Wald.

El defensor del detenido expresó al señor Laguarda que haría la consignación de la multa y apelaría de la resolución de la jefatura, pero al pedir el sumario donde debía constar la resolución que la imponía, para notificarse de ella y recurrir en apelación ante el juez correccional, se le informó que no existía actuación alguna, lo que no fue óbice a que se exigiera igualmente el pago antes de decretarse la libertad del detenido.

El doctor Pinedo, no obstante lo anormal del procedimiento, efectuó el pago dada la urgencia que existía en que recobrar el detenido su libertad, pero se presentará en queja ante el juez competente por no haber dictado la policía resolución condenatoria en los ocho días que duró la detención, y con su resultado gestionará la devolución de la multa en el caso de que esto no lo obtuviera la FORA, que lo solicitará de acuerdo con lo convenido con el presidente de la república respecto a la libertad de los detenidos por contravenciones.

Ese será el epílogo del sainete de la «revolución maximalista» inventado por la policía y propalado por ella. La repartición policial eludió la prueba de la supuesta conjuración con la imputación de una modestísima infracción y ahora veremos cómo se elude la responsabilidad de los atentados cometidos fraguando el sumario que ayer no existía.

El ciudadano Pedro Wald nos pide hagamos constar su agradecimiento al Comité Ejecutivo del Partido Socialista, a la FORA, a los abogados doctores Pinedo y Maturana y a todas las demás personas que se han tomado interés por él, devolviéndolo al trabajo y a la lucha y liberándolo de la ingrata tarea que la policía le quería encomendar: ser presidente de los soviets. (p. 1)

La Vanguardia, 22 de enero de 1919:

(En la nota transcrita a continuación se intercalan tres fotos de Wald: al momento de ser detenido, en el departamento de policía, y al salir en libertad).

UN REPORTAJE A WALD

Pedro Wald, libre ya de los horrores y crueldades de que se le hiciera víctima en el departamento central de policía, ha podido contarnos toda su odisea. Dejamos a su palabra sincera el relato de todo lo acontecido, y sirva esta publicación para llevar a los trabajadores argentinos y extranjeros un nuevo y mayor estímulo de solidaridad para la gran lucha emprendida por la conquista de la justicia y de la libertad.

El ciudadano Wald, como ya lo hemos dicho, ha nacido en Rusia, localidad de Komachoff, provincia de Polonia, en el año 1886. Vino a la república en el año 1906 y se afilió al Partido Socialista, formando parte de la agrupación *Avanguard* y del Centro Socialista de la sección 11 va.

El sábado 11 de este mes, a las 9 de la mañana, fue arrestado en circunstancias en que salía de la biblioteca *Avanguard*, que había sido incendiada el día antes. Le detuvo un teniente del ejército de la nación, al mando de un piquete armado. Fue conducido a la comisaría 7ma., y al día siguiente, domingo por la mañana, le condujeron al departamento, atado de brazos, juntamente con otros detenidos, en las mismas condiciones.

Llegado al departamento, fue recibido por el oficial de guardia y fue llevado a una habitación interna.

Cuando estuvo en la habitación, unas diez personas -dice Wald- que eran empleados de uniforme y pesquisas de la policía, me insultaron y me amenazaron. Uno quería cortarme las orejas, otros me amenazaban con reventarme los ojos, otro me dijo que me mataría lentamente. Me golpearon, y, sangrando, cuando lo creyeron bien, me condujeron a las oficinas de la comisaría de investigaciones, allí se renovó el martirologio, aumentando con nuevas agresiones de hecho. Me encerraron en una habitación; la sangre me corría de la nariz y de la boca; había perdido la vista por completo, con el ojo derecho, por las bofetadas recibidas. Me hicieron tapar la boca con el pañuelo, y cuando estaba empapado en sangre, me dijeron, poniéndome los puños en la cara: -¡esa es la verdadera bandera roja, ruso de m..!

Golpeándose siempre, con fusiles, a patadas, a trompadas, me condujeron a un cuarto de baño, para que pudiera lavarme la cara y la cabeza ensangrentada y me condujeron después, siempre golpeándose, a otra habitación.

- ¡Póngase el pantalón!- me gritaron. Mientras un soldado con bayoneta me apuntaba y me amenazaba de muerte al primer movimiento. Los oficiales del ejército y de policía que allí estaban querían provocar mis movimientos a toda costa para que el soldado que estaba de centinela pudiera hacerme fuego o clavarme con la bayoneta. Para hacerme mover, emplearon recursos de la inquisición: uno me pinchaba con alfileres la espalda, otro me tiraba de los cabellos, otro me abofeteaba, el soldado me pegaba con la culata del fusil en las piernas, y un oficial se entretenía en

castigarme los dedos con el filo de la espada o en quemarme con un fósforo las uñas de las manos. Me ultrajaron hasta cansarse. Pedí agua para lavarme y me la negaron. Algunos detenidos se quejaban en otras habitaciones, y a mi alrededor habían quedado tendidos, inermes, dos obreros, también de los supuestos conspiradores.

A media tarde fui conducido desde las oficinas de investigaciones al cuartel de bomberos por un capitán. El trayecto fue recorrido entre soldados y particulares que se regocijaban con el estado del preso y le propinaban golpes.

Me encerraron en el cuarto de baño del sótano en el cuartel de bomberos, obligándome a colocarme con la cara vuelta hacia la pared. Un oficial del cuerpo se entretenía en golpear mi cabeza contra la pared, tan fuerte como podía. Detrás de mí, tenía un bombero con bayoneta calada, puesta casi sobre mi espalda, de modo que estaba imposibilitado de moverme. En esta situación me encontraba cuando vino un oficial a anunciarme que lo que había sufrido hasta entonces no era nada, que faltaba lo mejor, y que me preparara para nuevos castigos hasta dentro de una hora en que se me fusilaría, si antes no declaraba todo lo que sabía del complot. Me dio un papel y un lápiz para que yo escribiera el nombre de los conspiradores, que yo me salvaría si los delataba, y que si no lo hacía a las 5 de la tarde sería fusilado por la espalda. Me permitió ese oficial lavarme en la canilla que había en el cuarto de baño, y me dieron permiso para poder mover las piernas, pero sin caminar; más tarde me dieron permiso para sentarme en el suelo. Me preguntó:

- ¿Sabe dónde se encuentra?

- En el departamento de policía – le contesté.

- No, –me repuso –. Vd. está en el cuartel de bomberos. Aquí será bien tratado.

Ese oficial hizo desalojar a los otros para que no me siguieran maltratando, y desde ese momento cesaron los castigos corporales y dejé de ser objeto de la curiosidad de tantos particulares y empleados que se acercaban donde me encontraba para injuriarme y vejarme.

Dormía en el suelo, me dieron de comer después de tres días de haber estado únicamente a pan y agua. Fui trasladado al palacio de justicia y salí en libertad acusado, al fin de esta odisea, ¡del delito de desorden y de portación de armas!

Cuando Wald terminó su relato nos dijo que lo que él ha sufrido lo han sufrido también más de un millar de trabajadores, en las comisarías y en el departamento central de policía. (p. 2)

NOTA: Las transcripciones no sufrieron ningún tipo de modificación ortográfica o estilística.

Bibliografía

- Babini, Nicolás. «La Semana Trágica». En *Todo es Historia*. Buenos Aires, año I, Nº 5, setiembre 1967, p. 8–22.
- Bayer, Osvaldo. *La patagonia rebelde*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- Bilsky, Edgardo J. *La semana trágica*. Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Bosch, Gonzalo. *La huelga*. Buenos Aires, Cultura y Civismo, colección Teatro Popular, año 1, Nº 8, 1919.
- Cancela, Arturo. «Una semana de holgorio». En *La Novela Semanal*, Buenos Aires, año III, Nº 165, 10 de febrero de 1919.
- . «Una semana de holgorio». En *Tres relatos porteños*. Buenos Aires, Ediciones Nuevo Siglo, 1995.
- Caraballo, Liliana. *Documentos de la historia argentina 1870–1955*. Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Kafka, por una literatura menor*. México, Ediciones Era, 1978.
- Echagüe, Carlos M. *Las grandes huelgas*. Buenos Aires, CEAL, 1971.
- Feierstein, Ricardo (dir. coleccionista). *Crónicas judeoargentinas. Los Pioneros en idish 1890/1914*. Buenos Aires, Colección Imaignaria, Milá, 1987.
- Ferro, Roberto. *El lector apócrifo*. Buenos Aires, De la Flor, 1998.
- Godio, Julio. *La Semana Trágica de enero de 1919*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- . *El movimiento obrero argentino (1870–1910)*. Buenos Aires, Legasa, 1987.
- Gramsci, Antonio. *Cultura y literatura*. Barcelona, Península, 1972.
- Halperín Donghi, Tulio. *Vida y muerte de la República verdadera*. Buenos Aires, Ariel, 2000.
- Heffes, Gisela (comp.). *Judíos, argentinos, escritores*. Colección Potpurri (director de colección David Viñas), Buenos Aires, Atril, 1999.
- Íscaro, Rubens. *Historia del movimiento sindical. El movimiento sindical argentino*. Buenos Aires, Ciencias del Hombre, 1973.
- Marotta, Sebastián. *El movimiento sindical argentino: su génesis y desarrollo. Período 1907–1920*. Buenos Aires, Lacio, 1961.
- Mazía, Floreal. *Enero rojo, semana negra*. Buenos Aires, Cartago, 1974.
- Orgambide, Pedro. Estudio preliminar a *Pesadilla*. Buenos Aires, Ameghino, 1998.
- Ospital, María Silvia. *Inmigración y nacionalismo: la Liga Patriótica y la Asociación del Trabajo (1910–1930)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.
- Pierini, Margarita y otros. *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917–1927)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004.
- Pla, Alberto J. *Historia del movimiento obrero*. Buenos Aires, CEAL, 1984.

- Rivera, Andrés. *El profundo sur*. Buenos Aires, Alfaguara, 1999.
- Romariz, Juan R. *La Semana Trágica*. Buenos Aires, Hemisferio, 1952.
- Sanguinetti, Horacio. «Los gobiernos radicales». En *Todo es Historia*. Buenos Aires, año XV, N° 170, julio 1981, p. 85–95.
- Scenna, Miguel Angel. «Noventa años de radicalismo». En *Todo es Historia*. Buenos Aires, año XV, N° 170, julio 1981, p. 8–37.
- Seibel, Beatriz. *Crónicas de la Semana Trágica*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
- Viñas, David. «Pesadilla: la novela insignia de la Semana Trágica» en *Revista Ñ*, año I, N° 35, 29 de mayo de 2004, p. 28.
- . *En la semana trágica*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966.
- . *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- . *Literatura argentina y política. De Lugones a Walsh*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Wald, Pinie. *Pesadilla*, Buenos Aires, Ameghino, 1998.
- Williams, Raymond. *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

Cuadernos de Trabajo

1. Departamento de Ciencias Sociales: *Prevención y promoción de la salud integral en la Ciudad de Buenos Aires. Organizaciones de la Sociedad Civil*. Natalia Bauni y Julieta Caffaratti.
2. Departamento de Ciencias Sociales: *Cooperativa de recuperadores de residuos. Exclusión social y autoorganización*. Julio Gabriel Fajn.
3. Unidad de Información: *Racionalización y democracia en la escuela pública. La educación durante el período 1916-1930*. Daniel Campione y Miguel Mazzeo.
4. Departamento de Cooperativismo: *La cooperación y los movimientos sociales. Consideraciones sobre el papel del cooperativismo en dos movimientos sociales*. Trabajo colectivo (MTD Matanza, MOI, Mario Racket y Gabriela Roffinelli).
5. Departamento de la Ciudad del Tango: *El tango en el teatro* (parte 1). Liliana Marchini.
6. Departamento de la Ciudad del Tango: *El tango en el teatro* (parte 2). Liliana Marchini.
7. Departamento de Economía y Política Internacional: *El petróleo en la estrategia económica de EE.UU.* Valeria Wainer, Andrea Makón y Carolina Espinosa.
8. Departamento de Economía y Política Internacional: *La globalización neoliberal y las nuevas redes de resistencia global*. Dolores Amat, Pedro Brieger, Luciana Ghiotto, Maité Llanos y Mariana Percovich.
9. Departamento de Estudios Políticos: *La construcción del ejército de reserva en Argentina a partir de 1976. La población excedente relativa en el área metropolitana de Buenos Aires, 1976-2002*. Javier Arakaki
10. Departamento de Ciencias Sociales: *La parte de los que no tienen parte. La dimensión simbólica y política de las protestas sociales: la experiencia de los piqueteros en Jujuy*. Maricel Rodríguez Blanco.
11. Departamento de Cooperativismo: *FUCVAM. Una aproximación teórica a la principal experiencia cooperativa de viviendas en Uruguay*. Analía Cafardo.
12. Unidad de Información: *La Calle. El diario de casi todos. Octubre a diciembre de 1974* (Parte 1). Gabriel Vommaro.
13. Departamento de Cooperativismo: *El cooperativismo agrario en cuba*. Patricia Agosto.
14. Unidad de Información: *La Calle. El diario de casi todos. Octubre a diciembre de 1974* (Parte 2). Gabriel Vommaro.
15. Departamento de Estudios Políticos: *Las nuevas organizaciones populares: Una metodología radical* Fernando Stratta y Marcelo Barrera.
16. Departamento de Cooperativismo: *Empresas recuperadas. Aspectos doctrinarios, económicos y legales*. Alberto Rezzónico
17. Departamento de Economía y Política Internacional: *Alca y apropiación de recursos. El caso del agua*. María de los Milagros Martínez Garbino, Diego Sebastián Marenzi y Romina Kupellián
18. Departamento de Cooperativismo: *Género y Cooperativas. La participación femenina desde un enfoque de género* (Parte 1) Teresa Haydée Pousada.
19. Departamento de Cooperativismo: *Género y Cooperativas. La participación femenina desde un enfoque de género* (Parte 2) Teresa Haydée Pousada.
20. Departamento de Cooperativismo: *Dilemas del cooperativismo en la perspectiva de creación de poder popular*. Claudia Korol.
21. Departamento de Cooperativismo: *El zapatismo: hacia una transformación cooperativa "digna y rebelde"*. Patricia Agosto.

22. Departamento de Economía Política: ***Imponernos. Progresividad y recaudación en el sistema tributario argentino*** (Parte 1). Rodrigo M. G. López.
23. Departamento de Economía Política: ***Imponernos. Progresividad y recaudación en el sistema tributario argentino*** (Parte 2). Rodrigo M. G. López.
24. Departamento de La Ciudad del Tango: ***Laburantes de la música. Apuntes de su historia sindical***. Mario A. Mittelman.
25. Departamento de Cooperativismo: ***Debate sobre Empresas Recuperadas. Un aporte desde lo legal, lo jurídico y lo político***. Javier Echaide.
26. Departamento de Ciencias Sociales. ***Asambleas barriales y mitologías: Una mirada a partir de las formas de intervención político cultural***. Hernán Fernández, Ana Enz, Evangelina Margiolakis y Paula Murphy.
27. Departamento de Cooperativismo. ***Autogestión obrera en el siglo XXI: Cambios en la subjetividad de los trabajadores de empresas recuperadas, el camino hacia una nueva sociedad***. Analía Cafardo y Paula Domínguez Font.
28. Departamento de La Ciudad del Tango: ***La escuela de todas las cosas. Tango: acercamiento a los modos de transmisión de la música popular a través de la reconstrucción oral***. María Mercedes Liska.
29. Departamento de Historia: ***Las primeras experiencias guerrilleras en Argentina. La historia del «Vasco» Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional***. Sergio Nicanoff y Axel Castellano.
30. Departamento de Historia: ***Estudios críticos sobre historia reciente. Los 60 y 70 en Argentina. Parte I: EL PRT-ERP: Nueva Izquierda e Izquierda Tradicional***. Eduardo Weisz.
31. Departamento de Historia: ***Estudios críticos sobre historia reciente. Los 60 y 70 en Argentina. Parte II: Militancia e historia en el peronismo revolucionario de los años 60: Ortega Peña y Duhalde***. Ariel Eidelman
32. Departamento de Historia: ***Estudios críticos sobre historia reciente. Los 60 y 70 en Argentina. Parte III: Historia en celuloide: Cine militante en los '70 en la Argentina***. Paula Halperín.
33. Departamento de Historia: ***Estudios críticos sobre historia reciente. Los 60 y 70 en Argentina. Parte IV: Mujeres, complicidad y Estado terrorista***. Débora C. D'Antonio.
34. Departamento de Economía Política: ***Deuda externa: verdades que encandilan***. Colectivo del Departamento.
35. Departamento de Comunicación: ***Los dueños de la palabra. La propiedad de los medios de comunicación en Argentina***. Luis Pablo Giniger.
36. Departamento de Ciencias Sociales: ***Los discursos de la participación: Una mirada hacia la construcción de la figura del ciudadano en la prensa escrita de la Ciudad de Buenos Aires***. Matías Landau (coord), Alejandro Capriati, Nicolás Dallorso, Melina Di Falco, Lucas Gastiarena, Flavia Llanpart, Agustina Pérez Rial, Ivana Socoloff.
37. Departamento de Educación: ***Reformas neoliberales, condiciones laborales y estatutos docentes***. Analía Jaimovic, Adriana Migliavacca, Yael Pasmanik, M. Fernanda Saforcada.
38. Departamento La Ciudad del Tango: ***Los tangos testimoniales***. Julio César Páez.
39. Departamento de Comunicación: ***Espectáculos de la realidad***. Cecilia Rovito.
40. Departamento de Literatura y Sociedad: Serie ***El sujeto social en algunas obras narrativas argentinas del siglo XX. Parte I: Acerca de La Forestal. La tragedia del quebracho colorado (ensayo de Gastón Gori)***. Pablo Marrero.

41. Departamento de Literatura y Sociedad: Serie *El sujeto social en algunas obras narrativas argentinas del siglo XX. Parte II: Rodolfo Walsh. Hacia una nueva épica*. Nancy Denise Javelier.
42. Departamento de Cooperativismo: *La gestión en las empresas recuperadas*. C. Roberto Meyer; José E. Pons
43. Departamento de Historia: *La formación de la conciencia de clase en los trabajadores de la carne desde una perspectiva regional. Zárate 1920/1943*. Christian Gastón Poli.
44. Departamento de Literatura y Sociedad: *Griselda Gambaro: exilio textual y textos de exilio*. María Cecilia Di Mario.
45. Departamento de Economía Política: *Un análisis del acuerdo con el FMI: ¿un nuevo rumbo o el mismo camino?*. Diego Mansilla, Lucía Tumini.
46. Departamento de Educación: *¿Qué regulan los Estatutos Docentes? Trabajadores de la educación, relaciones sociales y normativa*. Analía Ivanier, Analía Jaimovich, Adriana Migliavacca, Yael Pasmanik, M. Fernanda Saforcada.
47. Departamento La Ciudad del Tango: *Tango. Los jóvenes y el tango*. Roxana Rocchi; Ariel Sotelo
48. Departamento de Literatura y Sociedad: *Otra cara del mundo. Literatura juvenil popular en los márgenes de la ciudad*. Diego Jaimes y Pablo Provittilo.
49. Departamento de Historia: *Historia de una militancia de izquierda. Las socialistas argentinas a comienzos de siglo XX*. Bárbara Raiter.
50. Departamento de Ciencias Sociales: *El trabajo, las subjetividades y los movimientos sociales en la Argentina contemporánea: el caso del MTD de Solano*.
51. Departamento de Historia: *La huelga metalúrgica de 1954*. Fabián Fernández
52. Departamento de Estudios Políticos: *Presupuesto Participativo: ¿Herramienta legítima o construcción de poder popular?* Pablo A. Ladizesky; Claudio Casparrino.
53. Departamento de Cooperativismo: *La experiencia cooperativa del Movimiento de Campesinos de Santiago del Estero (MOCASE)*. Patricia Agosto, Analía Cafardo, María Julieta Calí.
54. Departamento La Ciudad del Tango: *Detrás del sonido. Los estudios de la música como construcción social*. María Mercedes Liska.
55. Departamento de Derechos Humanos: *La configuración del enemigo interno como parte del esquema represivo argentino. Décadas de 1950/60*. Héctor Barbero y Guadalupe Godoy.
56. Departamento de Derechos Humanos: *Los Usos de la Inseguridad. Reorganización neoliberal y mafias policiales*. Leonardo Fernández y Matías Scheinig.
57. Departamento de Comunicación: *Mediados. Sentidos sociales y sociedad a partir de los medios de comunicación*. Martín E. Iglesias.
58. Departamento de Educación: *OMC, ALCA y educación. Una discusión sobre ciudadanía, derechos y mercado en el cambio de siglo*. Myriam Feldfeber y Fernanda Saforcada.
59. Departamento de Salud: *Los jóvenes y el Sida. Un estudio cualitativo sobre representaciones sociales del VIH / Sida en las comunidades bonaerenses de Lanús, San Fernando y La Matanza*. Julio Kors y Luciana Strauss.
60. Departamento de Comunicación: *La representación del movimiento de desocupados en la prensa gráfica. Una mirada*. Cecilia Fernández; Mariano Zarowsky.

61. Departamento de Ideas Visuales: *El otro. Aproximaciones a la figura social del artista*. Marina Porcelli.
62. Departamento de Comunicación: *Cultura, comunicación y lucha social en Argentina*. Aritz Recalde.
63. Departamento de Comunicación: *Notas sobre la televisión alternativa. Experiencias de Argentina, Cuba e Italia*. Natalia Vinelli, Fabiana Arencibia, María Cecilia Fernández.
64. Departamento de Comunicación. *Teatro comunitario, teatro transformador*. Yamila Heram.
65. Departamento de Política y Sociedad: *La sociedad exclusiva (Un ensayo sobre el diagrama de poder pos-disciplinario)*. Javier Osvaldo Arakaki.
66. Departamento de Economía y Política Internacional: *Estrategia militar de Estados Unidos en América Latina*. Sonia Winer, Mariana Carroli, Lucía López, Florencia Martínez.
67. Departamento de Historia: *El Estado contra el movimiento anarquista*. Edgardo Álvarez.
68. Departamento de Literatura: *La Biblioteca «José Murillo». Cultura, movimientos y núcleos de transformación social*. Claudia Szelubsky.
69. Departamento de Economía Política. *Crisis, hegemonía y proyectos de nación. El pensamiento económico argentino durante la Década Infame (1930-1943)*. Juan Pablo Artinian; Ariana Sacroisky; Gaspar Tolón.
70. Departamento de Política y Sociedad: *Banco Mundial. Estado, mercado y sujetos en las nuevas estrategias frente a la cuestión social*. Susana Murillo (coordinadora); Dana Borzese; Roberta Ruiz; Paula Aguilar; Ana Grondona; Natalia Gianatelli; Sabina Dimarco; Ana Soledad Montero; Mariano Alú.
71. Departamento de Historia: *Un Socialismo de Mayorías para la Argentina. Itinerario intelectual de Alfredo Palacios*. Julio Fornelli.
72. Departamento de Economía y Política Internacional: *El conflicto árabe - israelí. Historia y perspectivas de resolución*. Maximiliano Uller; Pamela Bezchinska; Luciana Manfredi.
73. Departamento de Salud. *Decisiones y omisiones en salud sexual y reproductiva. El problema de la mortalidad materna en Argentina. Análisis de situación*. Katty Pérez Chávez.
74. Departamento de Historia: *Sobre los orígenes del sindicalismo revolucionario en la Argentina*. Alejandro Belkin.
75. Departamento de Economía Política: *Cartoneros: ¿Una práctica individual o asociativa? Ciudad de Buenos Aires, año 2004/2005*. Valeria Escliar, Valeria Mutuberría Lazarini, María Florencia Rodríguez y Paula Rodríguez.
76. Departamento de Historia: *Las grietas del relato histórico. Apuntes sobre los orígenes del anarquismo en Bahía Blanca y la matanza de obreros en Ingeniero White en 1907*. Federico Randazzo.
77. Departamento de Historia: *Movimiento Territorial Liberación. Su historia. Piquetes, organización, poder popular*. Christian Poli.
78. Departamento Artístico: *El cine en la era de la repetición. Séptimo arte, pobreza y políticas culturales en la Argentina*. Luciano Zito (Coordinador); Gastón González; Marcela Jelen.
79. Departamento de Literatura y Sociedad. *La usurpación de la tierra en la literatura marcada por la revolución mexicana*. Lucas Panaia.

80. Departamento de Comunicación: **Héctor P. Agosti. Apuntes para una política cultural contrahegemónica.** Adrián Pulleiro.

81. Departamento de Salud. **Atención Primaria de la Salud. ¿Meta o Mito?** Leticia Andina; Karina Doval.

82. Departamento de Comunicación: **Un discurso para el gatillo fácil.** Gabriel Sarfati

